CLAUDIO MAGRIS

Cruz del Sur

Tres vidas verdaderas e improbables

Traducción de Pilar González Rodríguez



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Gringo esloveno, criollo araucano
Rey de Araucanía y Patagonia
Monjas y pingüinos
Notas
Créditos

A Pedro Luis Ladrón de Guevara

Gringo esloveno, criollo araucano

En 1946, en una nota autobiográfica, Janez Benigar se preguntaba si la patria de un hombre –el lugar donde uno se siente en casa, y cuyos colores, paisajes y vientos son la familiar música de la existencia– es la tierra donde viven sus hijos o aquella en la que están enterrados sus padres. Tenía sus razones para hacerse esa pregunta, ya que entre una y otra mediaban un océano y una distancia cultural aún mayor. Como tantos otros, en Argentina, él también sería un gringo, un hombre sin muertos en América. En el registro de su llegada a Buenos Aires, el 1 de octubre de 1908 –el barco, el *Oceanía*, había zarpado de Trieste–, figura como obrero, de religión católica y soltero.

Pronto corrigió esta última circunstancia con un tranquilo flechazo que lo llevó a casarse en 1910 con Eufemia Barraza o, por llamarla con su nombre real, con Sheypukíñ, una noble india descendiente de una familia de caciques mapuches o araucanos, que le daría doce hijos –uno de los cuales falleció pronto– con doble nombre, araucano y español: Nancú, Águila; Huenumanqué, «cóndor que vuela alto», Feliciano; Kallvuray, «flor azul», Elena...

El hombre que huye de Europa y de la civilización europea es todo un hombre de familia; unos años después de la muerte de su esposa, en 1932, vuelve a casarse, con Rosario Peña, que también era araucana, matrimonio del que nacen otros cuatro hijos. Cuando también Rosario Peña muere, don Juan Benigar redacta un testamento donde expresa su voluntad de que lo entierren junto a ella, pero también junto a Eufemia, cuyos restos tendrán que trasladar a una tumba común para los tres. Hasta el gran Tomás Moro, santo y mártir de la Iglesia católica, había querido conciliar el amor por su primera y su segunda esposa, ambas muy amadas. Imaginaba que habría sido bonito vivir los tres juntos «si las leyes

humanas y divinas lo hubieran permitido». Tal vez se le pasara por la mente la única objeción sensata a ese sentimiento tan humano: que quizá cada una de sus mujeres también habría querido tener a su lado, además de a él, en la vida y no solo en la tumba, a otro hombre amado, que a su vez..., y, así, el encanto del amor y de la contradicción habría desembocado en la vulgaridad de los revolcones en grupo.

El aventurero esloveno, nacido en Zagreb, es decir, austroeslavo –ciudadano del decadente imperio de los Habsburgo y simpatizante de los planes de un futuro Estado yugoslavo–, es un hombre mesurado y rutinario, inclinado a una pedantería muy austriaca, como la de la anécdota del director de la oficina *k. u. k.*,[1] que encargaba a sus empleados ordenar meticulosamente los papeles esparcidos sobre su mesa para después tirarlos a la papelera. Con esta puntillosidad, marcha hacia Argentina, o más bien hacia la Patagonia y la Araucanía, de donde nunca regresará y donde, en diecinueve años, no pisará una ciudad, irá una sola vez en automóvil, nunca verá un avión y vivirá mucho tiempo en los *wigwam*, las tiendas de ese pueblo indio que también se convirtió en suyo, tiendas que más tarde le inspirarían una modesta pero bien orientada actividad de artesanía textil, una pequeña empresa familiar.

Probablemente no le desagradara que aquel visado de entrada lo definiese como obrero, porque en muchos de sus escritos –casi siempre en español y, afortunadamente, enviados a la Biblioteca de Liubliana– celebraría el trabajo manual y estudiaría nuevos sistemas para el cultivo de la tierra, la canalización del agua de ríos y arroyos, el riego de los campos, la construcción de almacenes y la enseñanza de una agricultura racional a los indios. Se adaptaría incluso a dormir en una casa y no en una tienda mapuche. No le interesaba hacer saber a las autoridades de aquel país, que se convertiría para siempre en el suyo, que no era un obrero, sino casi un ingeniero, un profesor, un estudioso de la lingüística, la etnología y la antropología, disciplinas que cultivaría en los muchos años de su existencia entre la Pampa y la Cordillera.

Antes del cruzar el océano, había realizado un intrépido viaje de estudios a Bulgaria. Cuando se le ocurrió la idea de viajar al mar Negro, su padre, profesor de instituto en Zagreb, le dio cinco coronas de plata, confiando en que con esa cantidad llegaría como mucho a Belgrado y luego volvería. Sin embargo, fue a pie de Zagreb a Sofía, atravesando el país que el viajero vienés Felix Philipp Kanitz definía como el más desconocido de Europa oriental, «una tierra completamente ignota», que algunos mapas poco fiables dibujaban con nombres de localidades imaginarias, inventando ciudades o desplazándolas cientos de kilómetros, y desviando el curso de los ríos –incluido el Danubio, más incierto que el Nilo– hacia desembocaduras arbitrarias.

Janez –Ivan, Janko– Benigar, todavía no don Juan Benigar, no se alteró; estudió la lengua y las costumbres del país y escribió, en esloveno, una gramática búlgara. A continuación se dirigió a Praga y se matriculó en la Facultad de Ingeniería, si bien abandonó sus planes de graduarse cuando solo le faltaban dos exámenes porque, como escribiría años más tarde a su amigo Victor Sulcic, «he conocido muy bien de joven eso que llamáis civilización y, si la he abandonado, es por motivos válidos. Entre los principales está el convencimiento de que no se trata de civilización. Por eso prefiero vivir aquí, lejos de las metrópolis, donde vivo como me place y me siento plenamente feliz». No eran muchos los que, en aquella época de desmoronamiento y metamorfosis de una plurisecular civilización europea, podrían considerarse felices. Por razones similares, nunca quiso residir en Buenos Aires: «Sencillamente no soporto la ciudad. Verán, tenía veinticuatro años cuando dejé Praga, donde estudiaba Ingeniería, y me fui a un mundo lejano. Y, créanme, tenía muy buenas razones. [...] ¿Cómo podría acostumbrarme ahora a la vida en esos lugares de perdición, porque qué otra cosa son las metrópolis modernas?».

Había leído con pasión a Rousseau, que se convertiría en su vara de medir respecto de la civilización y la barbarie. Rousseau, el estado de naturaleza descubierto con emoción en la Biblioteca de Liubliana, con el fervor del epígono que descubre, con ciento cincuenta años de retraso, un pensamiento radical que Europa había

explorado mucho tiempo antes con entusiasmo revolucionario y que había absorbido, criticado y quizá abandonado, al menos en parte, en el desván. Pero el epígono no es consciente de serlo y redescubre la fuerza emergente de un pensamiento arrinconado por la civilización liberal y destinado a resurgir, para bien o para mal, con los tumultuosos proyectos de democracia directa y total, con los populismos impacientes por gobernar directa y colectivamente, sin representantes y sin una clase política de unos pocos.

El continente sudamericano, destinado a convertirse en su patria, era y seguiría siendo el teatro por excelencia de populismos que desembocaron en numerosos golpes de Estado y dictaduras, caudillos locales como el cruel Facundo en la Pampa, o el sangriento dominio del general y presidente Rosas, despiadado exterminador de indios en la «Campaña del Desierto» que comenzó en 1833. *Desierto*, un término que inicialmente se refería a la soledad despoblada de la Pampa y que acabó designando la destrucción de los indios, su realidad reducida, al final de la guerra, a términos mínimos, a un desierto.

La democracia liberal es un valor frío, se basa en normas y artículos de leyes, aborrece a los seductores de masas, pero paga su honestidad con una escasa capacidad para entusiasmar y seducir, algo en lo que el líder de la plaza es un maestro, hasta el punto de, en ocasiones, fascinar incluso a refinados intelectuales. Darwin, evidentemente más experto en brontosaurios y milodontes que en hombres, durante su viaje en el *Beagle* por la Patagonia, la Tierra del Fuego y a lo largo de las costas de Chile, Perú y algunas islas del Pacífico, se encontró en agosto de 1833 con el sanguinario general Rosas, dictador de Argentina durante veintitrés años, que había expresado el deseo de verlo, «circunstancia que enseguida me alegró mucho». No se escandaliza por las torturas de su policía política, la tristemente famosa Mazorca, o al menos no se interesa por su existencia y su estructura. En cambio, aprecia que el general presidente posea trescientos kilómetros cuadrados de terreno y trescientas mil cabezas de ganado. Anota los duros castigos corporales que inflige, incluso por una nadería, a los dos bufones que animan sus comidas y cenas, lo que no le impide considerarlo

«un hombre de carácter extraordinario, [...] entusiasta, sensible y muy serio», que quiere utilizar su influencia predominante «para la prosperidad y el progreso» del país. En cambio, Garibaldi, junto con sus voluntarios, contribuirá a la caída del tirano mediante las armas.

Historia argentina. Violencia de los populistas, de las élites militares, Perón, la Junta Militar, los desaparecidos, las Madres de Plaza de Mayo. Violencia solitaria y melancólica en la Pampa, cicatrices en el rostro del gaucho que toca la guitarra: «en los negros ojos, la luz del cuchillo», canta Evaristo Carriego. La «seguridad letal de su brazo y una incapacidad perfecta de miedo» no es propia solo del malevo Juan Muraña, sino de muchos gauchos con boleadoras y puñal. Borges canta al cuchillo, pero es demasiado propenso a sentir miedo; sabe que se parece a su amado Snorri, el gran poeta escandinavo de la edad heroica, que cantaba a las espadas, pero no sabía usarlas porque, cobarde, las temía. La épica del coraje y de los duelos muere en el canto de su mayor y más pusilánime poeta, inepto para las armas que ama, porque la alegría de la guerra se ve inhibida por su miedo. La verdad –escribe Borges, fascinado y también consciente de su propio apocamiento– está en el puñal que aguarda la mano de quien con él atacará.

Benigar es indiferente al puñal, ajeno a los deseos de aferrarlo; no lo hará y nunca lo temerá. Tiene muy poco que ver con los cientos de miles de migrantes como él, que llegan destinados a la miseria, a la riqueza, a la violencia infligida o sufrida, a la marginación, a la dominación o a la criminalidad. Una multitud que arriba con él al Nuevo Mundo en busca de fortuna o simplemente de un trabajo: hombres y mujeres de todos los países, honestos y laboriosos trabajadores en durísima lucha diaria por la dignidad elemental de su familia y de sus hijos, y mafiosos dispuestos a todo; trabajo que conduce al bienestar y también a grandes fortunas o bien a la sombría miseria y a la delincuencia.

Tenaz reproducción de sentimientos, valores y costumbres de la patria de origen, se amalgama con las generaciones anteriores de emigrantes y con los nativos del país. Criollos y gringos. Capitalismo salvaje y visiones pauperistas; panaderos, trabajadores textiles, viticultores, fabricantes de ladrillos; solidaridad y dura competencia,

fortunas rápidas y ruinas repentinas. Lucha por la supervivencia diaria entre las amenazas del crimen organizado y la brutalidad de la policía, integración y marginación, polacos, sirios y andaluces que hablan piamontés, masas rurales vénetas, industrias manufactureras lombardas, escocesas e irlandesas y, antes que ellos, los galeses, que descubrieron e inventaron en la Patagonia, escribe Sepúlveda, el moderno nacionalismo galés. Paternalismo empresarial, modernización capitalista y reproletarización, inmigrantes italianos en barrios miserables y caros en manos de compatriotas codiciosos, misiones salesianas. La vida y su representación literaria, *En el océano*, de De Amicis, o *Emigrati*, de Antonio Marazzi. La travesía de la vida se asemeja a la de la *Medusa* y deja en el mar no solo cuerpos devorados de inmediato, sino también historias, mensajes en botellas que flotan sobre las olas y llegarán a alguna orilla.

A la Patagonia llegan, desde la Mitteleuropa alemana y judía, y de todos los países –de Asturias a Inglaterra, de Rusia a Portugal o Italia–, hombres de negocios sin escrúpulos, diestros en enriquecerse –latifundios, minas de cobre, producción de lana, medios de transporte marítimos y fluviales–. En el mismo año de la llegada de Benigar, el asturiano José Menéndez, acusado de haber ocasionado la muerte por hambre de muchos indios en el sur del continente, y Mauricio Braun, propietario de 1.376.160 hectáreas en la Tierra del Fuego, fusionan sus negocios en la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia. En esta oleada llegan también «hordas anarquistas bolcheviques», obreros socialistas y comunistas; comienzan las concentraciones obreras y las primeras grandes huelgas, aplastadas y masacradas por el coronel Ramón Falcón, asesinado en 1909 por una bomba del anarquista Simón Radowitzky, que padeció años de terrible sufrimiento en las cárceles argentinas, violaciones, torturas, violencia de todo tipo.

La Patagonia y la Araucanía son escenarios de abyecta explotación, huelgas, represión sangrienta. Los mejores libros sobre la Patagonia no son los de Chatwin o Hudson, literariamente fascinantes –aunque *La tierra purpúrea* de este último se llame así por estar teñida de mucha sangre–, sino *Los vengadores de la Patagonia trágica* (1972-1974) o *La Patagonia rebelde* (1980), de

Osvaldo Bayer. En comparación con estos relatos sin gloria, las hazañas de bandidos legendarios y aventureros narradas por Chatwin se desdibujan: Butch Cassidy y Sundance Kid con su chica en común, Etta Place, llegados de los Estados Unidos a la Patagonia a principios del siglo xx. Sus despiadados robos se acompañaban de ese halo de ruda fascinación inevitable en el cliché del cowboy, bandido y generoso. Son personajes de un disfrutable wéstern clásico si los comparamos con las tragedias shakespearianas de las huelgas ahogadas en sangre durante la Semana Trágica de la Patagonia de 1919 por la guardia blanca de la Liga Patriótica Argentina, con su picana eléctrica, tortura oficializada por el coronel Pilotto y el mayor Rosasco.

Hay una escena en *La Patagonia rebelde* que recuerda otra famosa de *El acorazado Potemkin*, recreada con variaciones en *Los intocables de Eliot Ness*: el asesinato, el 27 de enero de 1923, del coronel Varela, «el fusilador de la Patagonia, el sanguinario», asesino de mil quinientos peones en huelga, que se habían rendido tras la promesa oficial y formal del coronel de no tocarles un pelo. El autor del asesinato, Kurt Gustav Wilckens, un anarquista alemán de cabello pelirrojo, un tolstoiano enemigo de la violencia, había llegado de Europa con el deber moral de saldar cuentas por la masacre. El coronel sale de la casa donde lo espera el vengador, que está leyendo el periódico alemán de La Plata con un paquetito en la mano; una niña cruza la calle de repente, lo que obliga a Wilckens, que ya ha extraído la bomba del paquete, a perder unos segundos en agarrarla del brazo y empujarla escaleras abajo, fuera de la calle, antes de tirar la bomba, que aturde no solo a Varela, sino también al propio Wilckens. Su pistola contra el sable que el coronel ha desenvainado y con el que se precipita sobre él; mandobles y balas, el coronel muerto y el asesino herido y con la cara aplastada a garrotazos, y pateado en los testículos por dos vigilantes que acudieron, mientras la esposa del coronel, que ha salido de la casa, observa la escena y algunos transeúntes se acercan y se quedan mirando. Antes de morir, Wilckens, aunque está destrozado por la paliza, logra entregar a sus dos asesinos el revólver, sosteniéndolo cortésmente por el cañón, y decir: «He vengado a mis hermanos».

Misión cumplida, un pequeño episodio de ese matadero que es la historia universal.

Ese es el mundo al que había llegado, quince años antes, Benigar, que jamás en su vida desenfundaría una pistola ni desenvainaría una espada contra nadie. El autor de la gramática búlgara parece ajeno a esos infiernos de violencia, que, por lo demás, tendrá ocasión de denunciar clara y valientemente, si bien solo con la pluma, en tono enérgico y mesurado, siempre atento a problemas concretos, incumplimientos gubernamentales, errores administrativos, infracciones públicas y engaños a los indios, expropiaciones, alteraciones de sus condiciones de vida y del medio ambiente necesario para su existencia.

Tiene poco en común con otros inmigrantes de aquellos años, con quienes buscan e imaginan que encuentran en esas tierras de ultramar no el éxito, la fortuna o un hogar auténtico, sino la huida de cualquier hogar, el viaje a través de la noche, antípodas como infiernos del corazón y la mente, y, al mismo tiempo, el destello de una utópica Navidad en la tierra. Un año antes que Benigar, llega a Argentina Dino Campana, «náufrago corazón», para escapar del manicomio de Imola; navega por el Río de la Plata, tan grande que a veces es imposible ver las orillas, y se pierde en las ciudades y aún más en la Pampa, cuya llana inmensidad, donde no es posible orientarse, es el vacío de la vida misma.

También la Pampa entra en los *Cantos órficos*, es un canto órfico. Sin embargo, la Pampa conduce o reconduce al manicomio, adonde Campana regresa, esta vez a Florencia. Su *Nekyia*, su viaje a los infiernos de su cabeza y del mundo, es una experiencia radical, insoportable, se ofrece a la destrucción. La Pampa es su oscura montaña dantesca, la aniquilación. Los poetas futuristas, los herméticos u otros –algunos de ellos–, que, como él, más tarde cruzarán el océano para llegar al hemisferio inverso, serán vanguardia, revolución literaria y creación lingüística y, por tanto, Institución, proclamada oficialmente aun siendo innovadora. Su viaje por el mar, la literatura y la vida será un viaje en el que se escudriñan vorágines y abismos, pero apoyados en un sólido parapeto.

Un año después de Benigar, llega a Argentina un casi compatriota suyo, Enrico Mreule, que también habla esloveno y procede de Gorizia, la Niza del Imperio austrohúngaro; viene del verde irrepetible del Isonzo –verde Isonzo, verde agua– y el azul absoluto de Savudrija, en la punta de Istria. Busca lo que su gran amigo y maestro Carlo Michelstaedter le enseñó de una vez para siempre: la persuasión, la auténtica vida vivida como un absoluto en cada instante, en el presente, y nunca quemado en esa ansiosa carrera hacia el futuro, en ese afán de haber hecho ya que destruye el hacer, en la impaciencia de que hoy sea lo antes posible mañana, es decir, de estar más cerca de la muerte. Mreule cruzará muchas veces la Pampa, solo como un gaucho, con sus rebaños y con sus volúmenes de clásicos griegos –sobre todo las tragedias, en las ediciones alemanas de Teubner– en un bolsillo de su poncho, páginas que anotará en español por la noche, junto al fuego del vivac, solo bajo la azul Mimosa y la roja Gacrux de la Cruz del Sur.

La historia de esa Pampa de la que Cendrars celebra «la inmensa tristeza» –una ausencia que impide un verdadero arraigo y en la que, sin embargo, Benigar se instala como si estuviera en su casa– seguiría siendo una historia salvaje de turbas sofocadas por dictaduras militares o deslumbradas por tiranos como Perón, herederos y continuadores de los caudillos y sus cuchillos ensangrentados. Las grandes llanuras, escribió Domingo Sarmiento, el Maquiavelo argentino, preparan a menudo el camino del despotismo, que no encuentra las resistencias de la libertad que ofrecen los bosques y las rocas de las montañas. Las soledades pamperas tienen algo de indistinto, de siempre igual, mientras que la libertad es diferencia, es individualidad, que lo arcaico –recreado por la sociedad tecnológica de masas, sean las profundas minas de *Germinal* o las indistinguibles favelas– devora y traga. Benigar es contrario a los hormigueros de la metrópoli moderna, que en América del Sur adquirirá dimensiones sobrecogedoras, un pulpo aglutinante y devorador, pero tampoco le gusta la soledad del gaucho. No es un nómada, aunque cruza el mar y la Cordillera; es alguien sedentario que ama su tienda, instalada en un lugar determinado y, más tarde, su rancho.

En el fondo es, y probablemente lo será cada vez más, un sedentario, un hombre al que le gusta reunir a su alrededor a la familia, a las personas que gravitan alrededor de ella y que trabajan a su alrededor en diversos quehaceres, en una especie de comunidad en la que hay armonía y hay continuidad. A lo largo de su vida cambia varias veces de residencia, no solo de Zagreb o de Liubliana a la Patagonia o la Araucanía, sino también por estas últimas: Cipolletti, Catriel en la provincia de Río Negro, después Quilachanquil en la zona de Aluminé, Ruca Choroy, luego Pucón, donde plantará y cultivará en su manzanal, siempre en la zona de Aluminé, cereales, legumbres, frutas y, en particular, naranjas, un verdadero naranjal como los sicilianos a los que los poetas sículo-árabes dedicaban en la Edad Media poemas memorables, creando un verdadero género literario. Pueblos, pequeñas ciudades o sus suburbios y alrededores, cada vez más cerca de Aluminé, donde pasará sus últimos veinticinco años y donde hoy llevan su nombre una biblioteca y un animado centro cultural.

Benigar es un residente, como, según Renato Solmi, deberían serlo los filósofos y pensadores, como Kant, que no abandona Königsberg ni una sola vez. Victorio Sulcic, un arquitecto esloveno que llegó a Argentina en 1924, gran amigo de Benigar, lo define, ya en el título de su libro, como «el sabio que murió sentado». El trotamundos, tranquilamente en su casa en los lugares y entre las personas más lejanas y diversas, es, a su modo, un hombre hogareño. Una característica que lo emparenta con otros trotamundos que aman el sosiego y la inmovilidad; también Enrico Mreule, después de la travesía del Atlántico hacia Argentina, de las numerosas travesías por la Pampa con sus rebaños, de norte a sur y viceversa, cruza el Atlántico de nuevo y regresa a Savudrija, una tierra convertida ahora en la italiana Salvore, y no se moverá de ese pueblecillo costero en treinta años, ni siquiera para ir a la cercana Bassania, una aldea a poco más de dos kilómetros.

En el caleidoscopio de pueblos y culturas que rodean a Benigar falta una figura central del macrocosmos argentino: el gaucho. Este último parece desaparecer de su vista, alejarse en una distancia infinita, pero Benigar ignora esa nostalgia con la que el niño, en la

novela homónima de Ricardo Güiraldes, ve alejarse y desaparecer a don Segundo Sombra: «... caballo y jinete repecharon la loma, difundidos en el cardal. Un momento la silueta doble se perfiló nítida sobre el cielo, sesgado por un verdoso rayo de atardecer [...] el anochecer vencía, lento, seguro [...]. La silueta reducida de mi padrino apareció en la lomada [...]. Ya iba a llegar a lo alto del camino y desaparecer. Se fue reduciendo como si lo cortaran desde abajo con repetidos tajos [...]. Algo nublaba mi vista, tal vez el esfuerzo, y una luz llena de pequeñas vibraciones se extendió sobre la llanura». Don Juan cruzó océanos, ríos, montañas, ciudades, pero se asentó; no es el que desaparece en el horizonte, sino el que funda una familia y una comunidad, el que traza mapas, construye puentes y presas, el que está disponible para todos. Incansable y generoso, y probablemente también pedante y fastidioso, un profesor mitteleuropeo bajo el poncho y el sombrero.

Benigar no podía preguntarse «¿Qué tiene que ver el gaucho con nosotros?», como haría, en 1978, el papa Francisco, que entonces se llamaba Jorge Mario Bergoglio, provincial de los jesuitas de Argentina. Su pregunta se encuentra en un prólogo al *Martín Fierro*, poema nacional argentino y obra maestra de la literatura gauchesca, de José Hernández (1872). Un poema en sextetos que, a su manera, evoca aquellos caballerescos que se cantaban en las plazas; la historia de un gaucho, un caballero sin hogar cuya patria son su caballo y la inmensa Pampa, al que las vicisitudes de la vida, las injusticias sufridas y cometidas, conducen al enfrentamiento, al duelo con los hombres y con la ley, a la generosa solidaridad, pero también al robo, las peleas y la huida. Del poema se conoce –gracias también a la versión que de él hizo Borges, genial copista y falsario– un episodio espléndido en que el sargento Cruz, que acude a capturar a Fierro con algunos policías, comprende de pronto, durante el tiroteo, en una revelación de su propio destino, que su papel en la vida no es el del perro de caza, sino el del lobo perseguido, y se pone al lado del rebelde con su pistola.

¿Qué busca el padre Bergoglio, franciscano de corazón y jesuita por su rigor intelectual, en un aventurero de la Pampa, rápido en el ataque y la fuga? Busca sobre todo –y lo dice en el prólogo al

poema– la relación entre una identidad particular y una pertenencia más amplia, a la nación y a la humanidad, en la que esa identidad primitiva se pueda modificar y trascender sin perderse, pero insertándose en un coro más grande. Es la violenta y caótica historia argentina la que constituye la experiencia y la visión de Bergoglio. Un país donde es tormentosa y caótica la relación entre el individuo y el Estado, entre los criollos que se sienten los habitantes originarios y, por tanto, más legítimos y los gringos llegados en oleadas de todas partes del mundo, también de Italia. Un país donde la vida política es una guerra continua entre unitarios y federales, entre los blancos y los indios exterminados repetidamente.

La Argentina –la de los gauchos y los generales, los obreros y los explotadores, sobre todo la de las muchas estirpes– es la candente realidad que ha llevado a Bergoglio a ocuparse del problema universal de la identidad y de la globalización, de las peculiaridades nacionales, de la fiebre identitaria que las envenena, del mestizaje que las descompone y las mezcla y de la nivelación estandarizada que las anula. El poema gaucho representa la ocasión de analizar una realidad y una perspectiva que al futuro papa le importa mucho: la continuidad y la unidad de la nación, y su relación, firme y dialéctica, con la globalización. Francisco aborrece los muros étnicos, pero no quiere una humanidad híbrida e indiferenciada como la de *Blade Runner*. Su visión es la católica por excelencia, o sea, como dice la propia palabra, universal; la visión de un mundo donde haya un lugar digno y fraterno para todos, como el pesebre lo es para el hijo de Dios, para la mula y el buey, para los Reyes Magos y para los pastores, una variedad que salva las peculiaridades y las une en un coro.

El «obrero» Benigar, como lo definía el visado de entrada en Buenos Aires, escribirá sobre las injusticias y la violencia; sobre todo, en realidad casi solamente, de las que padecen los indios, a quienes, cada vez más, siente que pertenece, en una tranquila y espontánea doble o triple identidad ajena a cualquier cliché ideológico. El esloveno que también se definió como araucano e hijo de la Patagonia no es un revolucionario, no le gustan los cambios repentinos, sino los pequeños aunque decididos pasos cotidianos, las

reformas locales; detesta las injusticias y se esfuerza por corregirlas siempre en nombre del orden. Nunca se cansará de denunciar la violencia colonialista y capitalista que borra las identidades y las culturas. Defiende siempre una concepción económico-social basada en la pequeña propiedad, en la economía familiar de una comunidad, cosas que el desarrollo del mundo ya estaba nivelando y destruyendo, y continuaría nivelando y destruyendo. Incluso la autogestión creada en la Yugoslavia comunista de Tito por su compatriota el esloveno Kardelj –una tercera vía entre la iniciativa individual y el colectivismo soviético, por la que Benigar, después de la Segunda Guerra Mundial, manifestó un interés no exento de simpatía– sería pronto interrumpida y enterrada.

En 1926, Benigar escribió *El calvario de una tribu*, dedicado a la comunidad de Catriel, en la provincia de Río Negro, territorio mapuche o araucano, y habitado por el pueblo que se convierte en el suyo y donde había reinado Viviana García, o mejor, dicho con su nombre mapuche, Duguthhayen. El pueblo lleva el nombre de uno de sus líderes históricos, que supo mantener hábiles relaciones con varios Gobiernos argentinos y con el Ejército a cambio de una precaria autonomía progresivamente menoscabada, limitada y aplastada, en un proceso que redujo a los indios al hambre y al que Benigar se opone enérgicamente. El casi ingeniero proyecta y excava canales para el pequeño pueblo; al principio, para modestos propietarios locales y, más tarde, para su propia tierra, diez hectáreas puestas a su disposición por el juez de paz Ernesto Gary, en las que construye un rancho de barro seco para doscientas ovejas. Una sequía pertinaz asolará los campos y hará fracasar el proyecto, pero don Juan, al que aún no llaman así, es un tentetieso que se levanta tras cada caída, y poco después encontrará en la Estancia Quilachanquil, de ocho hectáreas, ovejas y cabritos, el cultivo de cereales y legumbres, y una buena producción de queso de cabra. Cuando las circunstancias adversas lo ponen en dificultades, con la ayuda de los ingleses establecidos en Pulmarí encontrará un hogar en Zuan gulu, también en la cuenca del río Aluminé, donde se construye una casa y lleva a cabo varias mejoras en los cultivos, en una situación ambigua, ya que muchas de esas

vastas tierras pertenecen en gran parte a terratenientes en su mayoría ausentes.

En Catriel, Janez –Ivan en Croacia, Janko como lo llamaban de niño, Juan– no seguirá soltero. En pocas horas decide su vida al enamorarse de golpe, de un flechazo. Se casa con una araucana «y se convierte en jefe de la tribu indígena», dice un poema de Octavio Prenz, enérgico y original escritor en lengua española y de origen istro-croata, que nació y vivió en Argentina y en varios países del Viejo y del Nuevo Mundo, y finalmente recaló durante muchos años, hasta su muerte, en Trieste. Una línea; no más corta, quizá, de lo que debió ser el momento de la revelación amorosa que ilumina dos vidas para siempre.

Benigar, tal vez en una casa de postas adonde se había acercado para cambiar de caballo, se cruza por casualidad con Sheypukiñ, a la que él siempre llamaría así, no Eufemia, su nombre español, Eufemia Barraza. Matrimonio, banquete de bodas, un hijo tras otro, el amor tiene la cadencia del canto tayil, coro de mujeres mapuches, «mi compañera de corazón de oro macizo y puro, que me colmó de su sabiduría, de india pobre, de india despreciada, ¡india! ¡India mía! [...] Un abrazo interminable...».

El canto tayil se presenta como un canto de la naturaleza misma; de los hombres, del jaguar, de la piedra, de la obsidiana, del viento, del arroyo que fluye. Sonidos articulados, escribe Raúl Mansilla, repetidos sin cesar. Canto mapuche en el que convergen motivos y melodías patagónicos. Conflicto –en el pasado, los mapuches, los araucanos, habían vencido a los tehuelches, los patagones, en la tierra del Sur– que se resuelve y se funde en el órgano del canto. Canto araucano mapuche, quizá también tehuelche, raíces, ramas y flores diferentes que se entrelazan.

Benigar reproduce, varía y prosigue con los mismos ritmos líricos el canto tayil; el amor por su esposa lo lleva a definir la Araucanía como uno de los territorios más felices del mundo y a continuar el canto en un sentimiento que anula la diferencia entre la vida y la muerte, puesto que, en aquel lugar y en aquella tierra, él identifica un renacimiento del amor y la felicidad. «Yo te enamoraré de nuevo y seremos felices. Tú volverás a tender los pellejos ovejunos sobre el

seno de niño de nuestra madre tierra. Ahí dormiremos otra vez juntos, abrazaditos en un amor sin fin [...]. Volverás tú a cantar tayil tras tayil. Yo habré comprendido aún mejor la lengua de nuestros dioses, los dioses indios.»

Esas palabras desmienten el tercer atributo que aparece en el permiso de residencia: «de religión católica». En ese momento, los dioses araucanos se convierten en «nuestros dioses»; no son solo un fascinante objeto de estudio, como cuando el antropólogo Juan Benigar escribe las *Creencias araucanas* o interpreta el concepto que los araucanos tienen del tiempo, del espacio y la causalidad.

De hecho, en su tumba, Benigar no querrá la cruz, sino la estrella con los dos triángulos y la serpiente, símbolo teosófico. También en este aspecto, como casi siempre en su vida, en su pensamiento y en su relación con los demás, un conflicto se resuelve en armonía. Uno de sus retratos más amables lo escribió el padre salesiano José Peterlin, que alaba los «dones extraordinarios» de don Juan, es decir, «el sabio europeo», como lo llamaban en la región de Zapala. El reverendo rinde homenaje a su generosidad para con los demás, a sus conocimientos lingüísticos –catorce lenguas, de las europeas al sánscrito y a las amerindias–, históricos, sociológicos, además de sus habilidades técnicas, desde la ingeniería civil hasta la cerámica y el tejido. Pero sobre todo celebra lo que considera su obra maestra, el *Diccionario de la lengua araucana*, diccionario esloveno-español-araucano en el que Benigar trabaja durante muchos años y que –casi obedeciendo a un *coup de théâtre* demasiado simbólico incluso de su vida hecha de reveses– desaparecerá entre las furiosas aguas durante una inundación del Río Negro. Palabras en el agua, devoradas y disueltas por el agua.

Otro sacerdote amigo suyo deja asimismo un cálido retrato de Benigar, entregado generosamente a los indios entre la Pampa y la Cordillera. Ludovíc Pernisek, también esloveno, que bautiza a los hijos de su compatriota, refleja aún más la compleja identidad múltiple de Benigar. Este, sin embargo, será y se declarará siempre «no cristiano». En vez de eso, se proclamaba a sí mismo teósofo, en nombre de su vago y confuso sentido de una religión casi indistinguible de un sentimiento más que de una concepción de la

divinidad, buscada en la vida misma y, en particular, en la vida emocional. Parece que Benigar escribió alrededor de trescientos textos breves teosóficos, impregnados de pasión por el ocultismo; los textos, quizá quemados y, en cualquier caso, desaparecidos, fueron posteriormente objeto de una agria polémica y de importantes estudios e investigaciones de Ileana Lascaray, investigadora de la Biblioteca Benigar de Aluminé. La desaparición, al menos parcial, de los escritos, en principio no supone una gran pérdida, dada la vaguedad e inconsistencia de todo ocultismo. Es significativo que el antropólogo Rodolfo Casamiquela, llegado a Aluminé en 1993, declarase que sobre Benigar solo podía escribir un «hombre de letras», una «pluma de calidad» más atenta a la fantasía que a la ciencia: una forma elegante de librarse del compromiso de escribir sobre él un estudio serio, tal como se le pedía, algo obviamente difícil o imposible teniendo en cuenta esos textos.

Cuando escribe las *Creencias araucanas*, texto investigado de manera magistral por Irene Mislej, Benigar no habla de *religión*, palabra por la que no debía de sentir simpatía, sino precisamente de *creencias*, un término que abarca un ámbito más amplio y más vago que una verdadera y auténtica fe. Pasa por alto el culto a los antepasados (Pillàn), y se interesa más por la personificación, si bien vaga e indistinta, de las fuerzas cambiantes de la naturaleza (Ngen). Mucho más intensa y concreta es la presencia de las chamanas (Machi), ancianas expertas en la batalla contra el mal, las enfermedades, las lluvias y, sobre todo, las hierbas medicinales. No nombra a los dioses individuales, Melipal, Yepun, la estrella vespertina, ni al zorro culebra de cien nombres, mencionados hoy en muchas enciclopedias. Es un antropólogo, un etnólogo, aunque oscila entre la ciencia y el diletantismo; le interesa la naturaleza –cielos, constelaciones, ríos, animales y plantas–, cuya capacidad fascinadora es real, inherente a las cosas y a la vida, y no necesita de mitos ni de sugestiones antropomórficas o zoomórficas.

La historia de Benigar es la de un hombre que comienza a estudiar como un científico –aunque fuera esencialmente un aficionado– un mundo, una civilización lejana, en las antípodas geográficas e

históricas de la civilización en la que había nacido, y que acaba por entrar en esa civilización y por convertirla, al menos en gran medida, en suya, en un espejo de su rostro. No es solo un objeto, sino una modalidad, una música de su pensamiento. Música, no obstante, filtrada y ordenada por su mente, ciertamente no fantasiosa ni metafísica, sino concreta, positiva, realista, prosaica, como de alumno de las Escuelas Reales de Austria, es decir, de bachillerato científico y de estudiante de Ingeniería, ecuaciones y doble decímetro.

El padre, profesor de Matemáticas en el instituto de Zagreb, tal vez le hubiera transmitido una predisposición hacia todo lo que se presenta como universal y abstracto y, por lo tanto, también hacia las lenguas y los mitos. En su vida, Benigar no solo amó a sus dos esposas, a sus dieciséis hijos y a sus compañeros y amigos, eslovenos, araucanos y patagones, sino también las gramáticas, los diccionarios y las ordenadas jerarquías de los dioses araucanos. Al leer sus escritos se percibe el consuelo que le proporcionaba estudiar las conjugaciones y las declinaciones, en las que habla una ley, la voz colectiva de una civilización, y no el dolor o la ansiedad de alguien en particular. Esto vale también para los mitos, que tanto amaba: estructuras puras en las que la angustia de un individuo de carne y hueso ante las tinieblas desaparece en una sintaxis de demonios y dioses, y no se piensa ya en la próxima descomposición de esa carne y esos huesos. Así, el dios pez de la costa y el dios gato de los altiplanos, que Benigar compara, opone y distingue en sus páginas, no parecen muy diferentes de los catetos de un triángulo en las demostraciones que su padre enseñaba en clase en Zagreb.

A Benigar no le gustan el vacío y la nada. No se deja llevar por el encanto indolente de la llanura infinita de la Pampa, por las sirenas del viento entre la hierba ni por el olvido. Sus investigaciones tienen la misma intensidad y sosiego que su curiosidad por la producción textil. Estudia la civilización araucana no como un antropólogo que investiga una cultura ajena, sino como un lingüista que analiza su propio dialecto nativo, con rigor pero sin suficiencia alguna y sin sensación de distancia, sino con espontánea familiaridad.

Con la misma diligencia metódica con la que traza canales y se ocupa de la siembra y la cosecha, Benigar escribe sus ensayos sobre antropología, hoy en día conservados en la biblioteca de Aluminé. Más que ensayos, tareas escolares, redacciones de instituto; meticulosos, atentos a las marcas rojas de cualquier corrección o rectificación, y, al mismo tiempo, firmemente resueltos, escritos con la tenacidad del diletante apasionado: *El concepto del tiempo entre los araucanos*, *El concepto del espacio entre los araucanos*, *El concepto de la causalidad entre los araucanos*, *Descripción de la Patagonia*, *La Patagonia piensa, Creencias araucanas*.

Hora, día, Antü, luz del día, Küyen, luna, mes, *tten*, *then*, *puy*, tiempo de ir y volver. *Purpurumel*, subraya Irene Mislej, su aguda y original estudiosa; cada tiempo, siempre, es decir, cuando el tiempo ya no existe, quizá nunca ha existido. Tiempo marcado por el espacio, medido por el espacio, convertido en espacio; cuando hayas cruzado el Río Negro verás a Antü, el sol, la luz, desaparecer en el horizonte; horas contadas con tus pasos, *thipantu* cuando el sol está de nuevo en esa roca. Pero ¿quizá la palabra *año* diga más? Qué es un año, con todas sus apariciones y desapariciones de Antü, con todos esos días que no existían antes, cuando no existía Antü y ni siquiera la Araucanía, no existía la Tierra que gira alrededor del Sol, no existían los bosques ni las montañas, ni la tierra, aunque los mapuches no lo sepan. Hubo un tiempo en que los bosques y las aguas del Río Negro eran cálidos y ardientes, *walüg*, luego se enfriaron, *pukem*, tiempo de frío, *walüg*, tiempo de calor, ¿acaso hubo un tiempo en que no existían ni el calor ni el frío?

El esloveno Janez Benigar no cree saber más que el argentino-araucano-patagón Juan Benigar. Es cierto que estudió en Zagreb y Praga, pero, cuando se ven caer lluvias incesantes y brillar conos de nieve, breve eternidad, ya no se sabe qué son las ecuaciones y qué son las noches y los días más oscuros que las noches. Benigar no pudo leer a Borges y probablemente no le habría gustado, mientras que tal vez él sí le habría gustado a Borges y este habría descubierto que la lengua imaginaria de Tlön era menos inaccesible que los gerundios araucanos señalados por Irene Mislej: él saliendo subiendo allá arriba. También los juristas en los tribunales andan a la

greña por un gerundio: ¿*entrando* quiere decir «mientras entraba», porque realmente entraba, o que solo si entraba se aplican las consecuencias previstas y se paga el precio acordado? Más de uno se ha arruinado por esto, porque creía que *entrando* definía su forma de ser, que era participante aunque no entrara, cuando, en realidad, designaba su entrada real, en un momento específico y con un propósito específico o con consecuencias específicas.

En la lengua de los araucanos no se dice «triángulo», se dice «pezuña de vaca», no es exactamente lo mismo, pero es casi lo mismo. ¿Un triángulo es todos los triángulos o hay muchos, tomados de uno en uno, y existe solo este triángulo y ese otro, pero no existe el triángulo? ¿El concepto general ayuda o impide entender las cosas? Si cae un rayo y el bosque se incendia, se pregunta Benigar, ¿por qué habría que decir que el rayo es la causa del fuego? ¿Qué sabemos de las causas y los porqués? El mapuche solo dice que el rayo cayó sobre el árbol y el árbol se incendió. Si comenzamos a preguntarnos acerca de las causas de las cosas –piensa Benigar, tratando de averiguar qué puede pensar un mapuche, es decir, alguien como él, aunque no del todo como él–, las causas de las causas se hunden en un abismo infinito, azul oscuro, azul noche, las palabras son estrellas que se apagan y se precipitan en la noche, «Vit Kim Lang», dice el mapuche y repite Benigar, no lo sé, pero ha olvidado lo que no sabe, sabe que no sabe la respuesta, pero no sabe cuál es la pregunta.

Benigar se concentra en el profundo sentido araucano de los nexos causales, que refuerzan la realidad y excluyen el azar. En el pensamiento mítico, en un mundo inmerso en el mito y vivido como mito, no existe el azar. Solo existe siempre la Necesidad, como en una tragedia griega, nada es casual; el aleteo de una mariposa en San Francisco, como ya se ha dicho, provoca o contribuye a provocar un tsunami en Japón. Parece una pura casualidad que alguien salga de casa, cruce la calle distraído y resulte embestido por un coche, pero incluso esos pocos segundos en los que sucede tal desgracia están determinados por una rígida aunque impalpable cadena de necesidades: la llamada telefónica cuando se marchaba retrasa un poco su salida del portal y, por eso, se vuelve más rauda de lo

acostumbrado; el retraso provoca la prisa y esta conduce al accidente fatal. Por suerte es imposible darse cuenta de todas las concatenaciones, cada vez más inexorables, que confluyen en lo que parece una realidad meramente casual. En una intensa novela del escritor polaco Andrzej Kuśniewicz, *El rey de las Dos Sicilias*, el instante en que, en Sarajevo, en el coche que lo lleva, el archiduque y heredero del trono de los Habsburgo, Francisco Fernando, es herido de muerte parece el resultado de innumerables elementos individuales que lo condicionan inexorablemente. La novela lo reconstruye, atendiendo a todo lo que sucede en esos días, en las horas y los minutos previos.

Amanecer, luz-sol, crepúsculo, noche. Se trata del número cuatro, la cifra de la religión araucana. También los dioses –nuestros dioses, dice Benigarson cuatro: el Anciano Padre, la Anciana Madre, el Joven Hijo, la Joven Hija. La civilización araucana está impregnada de una antigua religiosidad cuaternaria, la sacralidad de los números pares, sobre todo del cuatro y del dos. Lo impar se descompone, impide cerrar y concluir, tiene algo de creativo y demoniaco; dificulta los cálculos tranquilos, no es una dimensión del orden, sino más bien de la incertidumbre, de la anarquía, del desorden. Impares son los amantes, par es la familia. Números casi sagrados son las docenas y las cuatro docenas: contrapuestas, observa don Juan en las *Creencias araucanas*, a los números y los ritmos del judaísmo y del cristianismo, pero también del pensamiento griego, para el que lo impar tiene un valor espiritual superior al del par. Los araucanos no adoran solo a un creador de todas las cosas, sino a una escala jerárquica de mundos sutiles, espíritus que destellan en todos los fenómenos, en una brizna de hierba movida por el viento o en el hilillo de agua que fluye. Innumerables y cambiantes espíritus de los que estamos hechos y de los que están hechas todas las cosas, lo demoniaco más allá o más acá de la distinción entre el espíritu y la materia, rostro camaleónico de su identidad. Dioses benévolos y malvados, sorbo de agua o tierra árida, puma y guanaco.

También dioses ínfimos, menos poderosos que el hombre; aunque el mundo bulla de dioses, se puede prescindir de ellos, olvidar su revoloteo entre las hierbas o en la sangre. Los hechiceros saben que

también en el cuerpo de los hombres residen esos demonios minúsculos, a veces hasta los poderosos. Minúsculos dioses o demonios en la sangre, en la fiebre, en la fuerza o en el cansancio, en el corazón que se desboca o estremece; dioses y demonios que mueren pronto, reemplazados por otros, similares pero no iguales, que constituyen la vida del hombre y el hombre mismo. Dan energía y hastío, vida y muerte; tal vez también están ellos al servicio del dios supremo que se vale del sol y de su fuego para hacer que las cosas crezcan y para quemarlas y matarlas. Lo divino es vitalidad, pero también fatiga y muerte.

Los mapuches adoran a la luna, pero aún más al lucero del alba, que trae la luz, y también las discordias. Durante el día, la vida sería, pues, el reino de la confrontación, del odio, lo que debía sonar extraño a un hombre de armonía como Benigar, belicoso pero siempre humilde, ecuánime con los adversarios, dispuesto al diálogo y a señalar errores, pero para corregirlos razonablemente. Existen las docenas, números pares, formadas por pájaros sagrados como el *nañcu*, una pequeña águila de pecho blanco, que proporciona indicaciones útiles para los hombres; pero esos números hacen perder la paciencia a más de un hombre blanco, ¿también a él? Su señor, con el que conviene congraciarse y al que se debe llamar por su nombre correcto si no se quiere ser víctima de su ira, tiene cualquier apariencia.

Benigar rinde homenaje a una india de Mendoza amiga suya que, cuando alguien se queja de que la tierra se seca, responde que es mentira, que la tierra, «nuestra madre», no puede ser mala con sus hijos. Los indios aceptan con *pietas* cada cambio de su mundo y de sus divinidades, variables como las estaciones; sin embargo, son hostiles a las transformaciones cristianas que penetran en su Olimpo. El fin o el desmoronamiento de los viejos dioses no ha mejorado a los hombres, dicen, en todo caso les ha quitado cualquier freno.

La deidad suprema de los araucanos –si la hay, lo que no es seguro– es incognoscible y es inútil tratar de conocerla; está muy por encima de las desgracias humanas y no se la puede importunar con nuestras miserias sin caer en impiedad. No se molesta al

presidente de la República, escribe Benigar, por el robo de una oveja y, del mismo modo, no se molesta a la divinidad suprema araucana con nuestro dolor. Es curioso que Benigar diga «presidente de la República» y no «rey», palabra más sagrada y arcaica. En esta expresión políticamente correcta, tal vez se pueda leer un eco del presente en el que vive, un mundo arcaico pero modelado de una forma republicana. Es a las divinidades menores a las que es posible y conviene dirigirse, con alguna ofrenda de carne, verduras, bebidas apreciadas como el jugo de caña, muy del gusto de los dioses menores.

El verdadero mal, la verdadera enfermedad afecta al alma, no al cuerpo. Es el alma la que enferma, como enseñan los adivinos hermafroditas y los sacerdotes cristianos; curar el cuerpo es también curar el alma, pero, si no se cura esta última, tampoco se puede curar el cuerpo. Pero ¿cuántos dioses hay? Muchos, tal vez todos los seres vivos y todas las cosas, como en la casa polvorienta de Heráclito. ¿Cómo conoces su voluntad y, por tanto, la propia, si cualquier cosa es un dios? La adivinación es prerrogativa de todos, pero en especial de los adivinos, hombres y mujeres de sexo doble o indefinido, porque solo aquellos que no son como los demás, mujeres que no son ni hombres ni mujeres, hombres que no son ni mujeres ni hombres, pueden entender lo que quieren los dioses: lo que quieren todos ellos, también el dios-gato que salta del dios-árbol sobre el dios-ratón del bosque. Solo estos dioses que no son como todos los demás pueden curar a quien está enfermo, que, por tanto, no es como los demás. No hace falta mucho: una hierba venenosa, la garra de un puma, y el diossonrisa ya no está contigo.

El araucano Janez Benigar escribe un verdadero tratado, especialmente lingüístico, en *El indio araucano*; el patagón Janez Benigar escribe un extenso ensayo, *La Patagonia piensa*. Dedica años de su vida al estudio de la lengua araucana, una lengua aglutinante que agrega algunas partes a las palabras individuales, une unas con otras y también junta diversas proposiciones en una sola. Las palabras adquieren significados flexibles, la lengua expresa en un término muchos conceptos, incluso bastante diferentes entre sí. La exposición de Benigar trata de ser, al mismo tiempo, una

descripción de ese lenguaje y de sus estructuras, y una narración de su desarrollo, sin perder nunca de vista la relación, los encuentros y cruces con otras lenguas indias con las que ha estado en contacto en su historia.

Es conmovedor ver cómo Benigar siempre busca en sus notas un ideal de objetividad científica y de análisis lógico casi imposible en las condiciones en las que vive y con las herramientas limitadas de las que dispone. Todo esto no afecta a su sereno y tranquilo entusiasmo, su rigor o ese poco de rigor que intenta conseguir, casi siempre abordando los diversos temas en la discusión ideal con otros estudiosos de la materia, cuyas obras, de manera increíble, ha logrado procurarse. No tiene ningún tipo de fetichismo filológico, al contrario, es polémico en sus enfrentamientos con cualquier pedantería científica fría; reprocha al estudioso De Augusta que sea demasiado alemán, como demostraba su amor por el rígido análisis disciplinario.

La filología, dice, es en sí misma una creación de la división del trabajo, que tiende a separarla de la historia y sobre todo de la vida, convirtiendo a los hombres en reglas punitivas abstractas, torturando a los niños en la escuela con ablativos absolutos, declinaciones y conjugaciones. «¡Lejos de mí todo esto!», anota en el margen. No es la árida filología, que reconoce como necesaria, lo que le apasiona, sino la vida. Dice que estudia el araucano para resolver «el enigma de nuestro ser / tan cercano y desconocido», para encontrar la clave que permita entender qué es la vida, «esta vida llena de amarguras que, pese a todo, desearíamos prolongar».

En el estudio del araucano se busca a sí mismo, su propia historia y la de su gente y su cultura, porque el araucano vive una etapa de desarrollo «por la que también nosotros pasamos en épocas lejanas». Estudiarlo, aprenderlo, amarlo –subraya– da una clave para responder a muchas preguntas sobre *nuestra* historia. Como toda lengua, pero con particular intensidad, el araucano se concentra, se aglutina alrededor del verbo, se envuelve en su «intrincado bosque», en una maraña de formas, palabras y, en especial, de tiempos verbales, no muy diferente de una selva. Para él, la lengua parece

ser no solo, o quizá no tanto, la expresión de lo vivido como lo vivido mismo.

Por esta razón afirma que el conocimiento, si bien imperfecto, del español por parte de los araucanos lo ayudó mucho a penetrar en su lengua, pero sostiene también que su trabajo habría sido más fácil si se hubiera encontrado con «un mundo pura y exclusivamente indio», pues se vio obligado a aprender la lengua por las exigencias inmediatas de la vida material y social. No siente en absoluto el peso de los largos años pasados sin contacto alguno con el mundo civilizado, porque la vida solitaria, que lo obligaba a aferrarse solo a sus propias fuerzas intelectuales, le permitió ver muchas cosas, que aprendió de la vida misma.

La discusión con otros estudiosos se alterna armoniosamente con recuerdos autobiográficos, memorias familiares, detalles vividos. Discute sobre el *Calepino chileno-hispano* de Febrés, que alaba en comparación con el de De Augusta, al que reprocha sobre todo su falta de preparación fonológica, que lo lleva a establecer vínculos entre diferentes palabras a partir de una afinidad acústica de sonidos que originalmente eran muy diferentes. Se queda fascinado aunque incrédulo cuando lee en el libro de Ricardo Rojas cómo cuenta que ha obtenido de boca de un indio las palabras que designan a la divinidad, dialogando con él solo mediante gestos, «por pura mimética». Le reprocha a De Augusta su excesiva preocupación, al escribir sus estudios, por cómo los recibirán sus superiores, especialmente desde el punto de vista político-social-religioso.

Los escritos de Benigar están casi siempre impregnados de una intensa aunque sosegada sensibilidad humana, salpicados de notas y recuerdos personales, como cuando cuenta que fue su hermana, después de la Primera Guerra Mundial, la que lo instó a reanudar los estudios que había interrumpido durante muchos años y la que le regaló además el famoso texto de Lévy-Bruhl, *Les fonctions mentales dans les sociétés inférieures*. Es a ella, a su hermana, y a Félix San Martín, autor entre otros del libro *Neuquén*, a quienes debe el impulso de escribir sus páginas sobre el indio araucano. De alguna manera, en el vasto mundo recorrido por Benigar –y que él vive en la pequeña realidad de los pueblos pequeños–, todo funciona.

Al final de su ensayo sobre el indio araucano, menciona también otros muchos pueblos, un carrusel de nombres sin fin, como los de desconocidas flores silvestres. Aparte de los pueblos famosos, los incas y los quechuas, otros pueblos cuyos nombres parecen criptogramas, como las lenguas que hablan, el allentiac y el milcocayac: los huarpes, los tehuelches o patagones, los puelches o araucanos, los huilliches (gente del sur). Querandíes, changos, chonos, ranqueles, lellvünche, mamüllche, wülliche, piküunche. A la identidad le gusta mostrarse compacta y única, pero se desmorona en una multitud, en una anarquía de átomos, como ya habían dicho Nietzsche, Bourget y Musil incluso antes de que Benigar dejara Trieste en el *Oceanía*.

Aunque Benigar se define a sí mismo más a menudo como araucano, su ensayo de compromiso civil más extenso es *La Patagonia piensa*. Los patagones disfrutan, en la fantasía exótica, de una fama más intensa y colorista que los araucanos, empezando por las historias de los primeros europeos llegados a esas tierras, que hablan de su gigantesca estatura, a veces más allá de lo verosímil, de las huellas desmesuradas que dejaron sus pies en la tierra o en la playa. Ya el nombre –Patagonia, patagones, en lugar de su nombre real, tehuelches– es una presencia grandilocuente e imaginativa, como los nombres de los reyes y los héroes paganos de los grandes poemas caballerescos, Rodamonte, Gradasso, Sacripante.

«Nosotros, los parias patagónicos», escribe Juan Benigar. No es una opción identitaria o una elección entre los dos pueblos de su vida, aparte del originario que dejó al otro lado del océano. En realidad, es más convincente cuando habla de sí mismo como araucano; parece conocer o amar más la divinidad cuaternaria mapuche que el mito cosmogónico tehuelche, con su dios creador Kóoch, que desaparece sin crear humanos siquiera: idea grandiosa de una divinidad completamente ajena y desconocedora de la existencia de los hombres, que desapareció antes de la llegada de estos. Casi lo único que sabemos de Kóoch es que de pronto, un día, se puso a llorar y sus lágrimas crearon el inmenso océano. Creación nacida del llanto y del dolor antes de todo pecado.

Sobre el ciclo cosmogónico, pronto desaparecido, prevalece el

ciclo heroico de Elal, creador de los tehuelches y de las estaciones, además de legislador moral que funda el matrimonio, proscribe el incesto e incluso prohíbe contar las propias leyendas fundacionales, porque saber el nombre de alguien significa tenerlo en su poder.

Es extraño que Benigar se interesara poco por la cultura patagónica, cuando defendió a ultranza y de forma muy concreta la existencia de ese pueblo. Prestó poca atención a la creación de la luz, a los zorros cóndores que cruzan el océano, a Elal, que derrota al frío, y a Máip, el viento asesino, y enseña las artes de la caza y la agricultura. Quizá los mapuches, los araucanos, hayan ganado incluso en su imaginación y en su interés a los tehuelches, los patagones, ya que los habían conquistado y sometido en la guerra. Elal, en todo caso, debió de ser olvidado, derrotado o asesinado, porque, después de su desaparición, el mal triunfó: catástrofes universales, incluida la llegada de los españoles, devastaron la tierra. Incluso la madre luna, azul reina madre y esposa de dios, huyó de un sol muerto.

El antropólogo se interesa solo relativamente por los mitos; está más atento a la realidad cotidiana, a la condición de los diversos pueblos y de las diversas etnias, y a las vejaciones que sufren. Su principal obra sobre la Patagonia no se ocupa de los dioses patagónicos de la nieve, el frío y el viento helado, ni de Kápenk-och, el petirrojo que ayuda a Elal, ni del armadillo Pike, espíritu protector y vengador.

Don Juan escribe *La Patagonia piensa* hacia el final de su vida, en 1946, en Neuquén. Había comenzado a escribir la obra en 1938-1939 en *La Voz del Territorio* de Zapala para defender a los campesinos de una nueva y pésima organización agraria de las tierras patagónicas que, por suerte, dice, fracasó desastrosamente. En 1941 tenía casi terminada la redacción de la obra, cuando el director de *El Territorio* y luego de *Neuquén* le propone publicarla por entregas en el periódico, para imprimirla más tarde en un volumen.

Entusiasmado, Benigar acepta y escribe su primera intervención en el primer número del periódico, en 1942. El estado de sitio, proclamado poco después, lo obligó a interrumpir su trabajo. Más

tarde, al comienzo de *La Patagonia piensa*, dirá no tener ni haber tenido ninguna intención revolucionaria ni voluntad alguna de contestar a las autoridades, para no poner en peligro a su familia en el clima represivo del momento. «Copè la mare / Copè el pare / La mugier zóvene / E i fioi / No' avaré più rimorsi / No' saré più vigliachi»,[2] así escribía sarcásticamente en dialecto Noventa, dirigiéndose a quienes, en tiempos del fascismo, dudaban en combatirlo para no poner en peligro a sus seres queridos.

Es fácil, para los que no corren o no han corrido peligro, criticar a quienes dudan en perjudicar a las personas que aman. Las líneas en las que Benigar habla de su retirada son amargas y honestas, dignas de su personalidad racional y autocrítica. No se hace el héroe ni el indignado. Tan solo se lamenta de no haber podido o sabido ser útil «a mis compatriotas patagones», preguntándose a continuación si trabajos como el suyo podrían ser útiles o simplemente eran «un pasatiempo de soñadores, a veces peligrosos». Cualquier idea que se opone a intereses preestablecidos siempre cae pronto si no encuentra el compromiso de una fuerza. Y nosotros, se pregunta, nosotros los patagones, «¿qué fuerza tenemos?».

Cuando cinco años después resucita el viejo periódico, que ahora se llama *Neuquén*, y le ofrece una colaboración, Benigar acepta con entusiasmo, feliz de poder «luchar contra molinos de viento» y convencido de que las desilusiones no autorizan a abandonar las batallas justas. Recupera y reelabora sus viejos papeles, con cuidado de no caer en la moda de la «fiebre patagónica» que de vez en cuando enciende el país con protestas, acusaciones y represiones de las que todo el mundo habla, para luego desvanecerse pronto en el silencio y en la nada. Se trata, por el contrario, de luchar contra leyes equivocadas y contra intereses discriminatorios para la población, siempre con el convencimiento de que «nuestro destino es recolectar desengaños y desilusiones».

Mantiene una polémica contra el «nacionalismo supremacista y excluyente que niega los derechos a los inmigrantes» –también escribe un ensayo, *Los chinos y los japoneses en América*– y se compromete a combatir cualquier tendencia a rechazar a los

inmigrantes recién llegados, con la confianza en que la solidaridad humana puede hacer frente a la turbulencia de las ciudades más pobladas. Se considera a sí mismo «hijo espiritual de la Patagonia»; allí, en las tierras patagónicas, escribe, «he creado mi hogar», mientras que muchos otros tuvieron que prender fuego a sus propios hogares y andar errantes. Se considera patagón desde hace más de cuarenta años; nunca, escribe, habría alcanzado la madurez humana en las metrópolis de su sangriento mundo de origen. Allí, en cambio, había enterrado a un hijo y a su muy amada primera esposa. Se siente al mismo tiempo arraigado y desarraigado, preparado para afrontar océanos y cordilleras, y para cultivar sus pequeños campos.

La polémica del libro tiene que ver con varios proyectos gubernamentales, centrales y regionales, que quieren atar corto la Patagonia. Benigar se opone críticamente con estudios previos, por ejemplo los de Tomás Falkner; cuestiona que sea Buenos Aires, la metrópoli aglutinante, la que decida, y se introduce así en la gran disputa entre unitarios y federales, piedra angular de la historia argentina. La «argentinidad» enarbolada por el poder es un eslogan ideológico para rechazar indiscriminadamente a quien llega, un tema que hoy por desgracia vuelve a estar de actualidad en los más diversos países del mundo. Se trata, escribe, de elegir entre ser ciudadanos conscientes o víctimas ofuscadas de los mandamases locales.

La Patagonia piensa es ante todo un panfleto para la creación y el establecimiento de las provincias y quiere demostrar que la provincia es la unidad social y administrativa más adecuada para esas tierras. Benigar aborda la relación entre historia y geografía, creadoras de fronteras que a veces se contradicen; se ocupa del papel –fundamental para los contactos– del ferrocarril, la trayectoria de cuyas vías marca a veces las fronteras. Analiza la vinculación de fronteras y vías navegables, la necesidad de nuevas conexiones, las economías unas veces paralelas y otras conflictivas de algunas provincias respecto a otras; denuncia la insensata explotación del bosque por parte de empresas poderosas, un abuso que solo la estructura provincial podría detener; sugiere una política de las aguas.

También se enfrenta a problemas constitucionales, reiterando la necesidad de una Constitución federalista más adecuada para resolver problemas de carácter provincial; denuncia los intentos centralistas de recortar las prerrogativas provinciales. Las personas, escribe, «son funciones de la sociedad», donde el término *función* debe entenderse en su sentido matemático. Siempre orientado a la relación entre los detalles y la totalidad, presta una atención muy humana a todas las realidades, incluso la más pequeña y aislada. La vida humana en la Patagonia languidece, escribe; los centros mineros se abandonan con frecuencia, alrededor de los ríos podrían crearse grandes y permanentes centros de riqueza, cosa que no sucede. Se necesita una sola administración para cada cuenca, base racional para la división en provincias, que dependen de los ríos y son, en cierta manera, ríos. Cuando habla de la provincialización del país, por supuesto piensa en primer lugar –pero no solo, en su perspectiva global– en Río Negro y Neuquén. Con una visión global del mundo, señala agudamente que las libertades constitucionales también se ven obstaculizadas por «irresistibles corrientes de la economía universal»...

Las provincias, celebradas con retórica pintoresca y sentimental, han dejado en manos del Gobierno central, progresiva y tácitamente, buena parte de sus prerrogativas. Benigar critica la degradación que reemplazó al indio por el peón y por el inquilino colono, reclutado entre los mestizos pobres, y denuncia la devoradora realidad de Buenos Aires, que no logra considerarse una ciudad igual entre las iguales en derechos: no es casualidad que fuera la última en unirse a la Unión Nacional. Ataca a las familias dominantes que han logrado fanatizar a una masa popular informe, con horizontes mentales estrechos, tan oprimida que carece de inteligencia crítica y de espíritu de libertad, y a menudo se ve reducida a instrumento de la reacción más perversa.

Por supuesto, Benigar es muy consciente de las dificultades que se interponen en el camino de cualquier progreso. La escasez de población (en la Patagonia hay un habitante por kilómetro cuadrado) y las grandes extensiones desérticas complican acceder a la educación. Destaca las condiciones climáticas adversas, las

dificultades burocráticas, la desastrosa barrera también lingüística que se interpone entre las autoridades y el ciudadano desconcertado por la jerga burocrática y la abstracción de las regulaciones y mandatos, los retrasos en la mejora de las comunicaciones, la distancia entre administrados, administradores y autoridades, a menudo ajenas a la realidad local.

Alejado de cualquier radicalismo, Benigar sabe bien que el mundo nunca se regirá por la razón y el amor, y que debemos permanecer en el terreno firme de la realidad, rechazando el optimismo excesivo y el pesimismo excesivo, distinguiendo el amor a la patria de la autoadmiración engreída típica de los países pobres encerrados en sí mismos porque el mundo exterior los ignora. La Patagonia piensa todavía demasiado poco y Benigar, siempre dispuesto a la autocrítica, sabe que comparte esa carencia. Pero sigue combatiendo los molinos de viento de los formalismos de los «leguleyos».

Contra la esfinge

Los duelos no pueden faltar en la vida de un hombre de la Pampa, y don Juan también tuvo el suyo, si bien con un cuchillo metafórico, la pluma, que en algunos casos puede blandirse materialmente como un puñal, el estilo con el que Julio César trató de defenderse de los conspiradores. Pero el gesto de don Juan al tomar la pluma para responder al libro de Imbelloni recuerda al del gaucho atacado que se levanta y sale al exterior, daga en mano.

Su adversario, José Imbelloni, había elegido para su libro *La esfinge indiana* el lema «Non pacem sed gladium», lo que para Benigar constituía una verdadera provocación; habría hecho mejor en dejar en paz el Evangelio y las palabras de Cristo, que no se refieren a doctas y siempre cuestionables disputas sobre hipótesis prehistóricas o protohistóricas. En varias ocasiones, Imbelloni, al presentar su libro, recurre a metáforas bélicas; su batalla es la del

nuevo «americanismo científico armado con maza y pico» frente al «americanismo heroico que practica la esgrima y se bate en duelo con la lira de siete cuerdas». Imbelloni, por tanto, habla en nombre de la ciencia y de su rigor frente a los apasionados entusiasmos que a menudo caracterizan a los estudiosos aficionados, exponentes de una pomposa *Halbkultur* («media cultura») que presume ignorante. Una palabra, *Halbkultur*, que tal vez solo el idioma alemán podría inventar y que no indica una cultura escasa, sino una retórica y presuntuosa no-cultura, que quiere hablar en nombre del espíritu.

José Imbelloni es un oponente con birrete. Nacido en Lauro en 1885, estudiante de Medicina en Perugia, también él se fue a Argentina en aquel fatídico 1908, el mismo año que Benigar, y trabajó en el Nuevo Mundo como periodista. Regresó a Italia en 1915, donde se graduó en Padua en Ciencias Naturales; volvió a Argentina en 1921 y se convirtió en catedrático de Antropología en la Universidad de Buenos Aires, responsable de Antropología del Museo de Ciencias Naturales y miembro de la Academia Nacional de Historia.

Su pasión es el estudio de la población originaria americana, de los grupos humanos que, en su opinión, habían llegado en épocas prehistóricas y protohistóricas de los más variados lugares –melanesios, polinesios, mongoles, esquimales, indonesios–, en diferentes oleadas y a lo largo de milenios. A la hipótesis del estrecho de Bering como punto de entrada de los pueblos asiáticos al continente americano opone el océano Pacífico, la llegada por mar. Doctas disputas que hoy un fragmento de ADN puede modificar sin socavar ni ennoblecer la insignificancia del origen. Por ejemplo, se dice que muchos pueblos se han desplazado, durante siglos y milenios, desde el altiplano de Altái, pero ¿cómo y desde dónde llegaron allí? En un árbol genealógico que mi tía Esperia encargó hace muchos años a una costosa sociedad heráldica, aparece escrito que los Magris llegaron a Italia –es decir, a Friuli, donde fueron campesinos durante siglos– desde España. Pero ¿desde dónde llegaron a España? ¿Y por qué tendría que importarnos? La verdadera pregunta no es esa, de dónde se viene, sino a dónde se va.

El origen es más incierto que el final. Desde su grandilocuente cátedra, Imbelloni, en época peronista, proclamaba el predominio y la superioridad de los caracteres raciales –sobre todo encefálicos– de los latinos, en especial itálicos e hispánicos, sobre los otros grupos étnicos de inmigrantes y sobre los indígenas autóctonos. Autóctonos, por decirlo de alguna manera; en realidad, todos llegaron de algún lugar quién sabe cuántos milenios antes, quizá también del edén, el lugar del primer éxodo.

El duelo entre Imbelloni y Benigar es en cierto modo un duelo triestino, el duelo entre el italiano fascista de uniforme y el esloveno para el que Trieste es un embarcadero desde el que escapar de la vieja Europa, un embarcadero que, años después, será la Italia fascista.

La esfinge indiana es un volumen de 396 páginas, publicado en 1926 por la editorial El Ateneo de Buenos Aires y Córdoba, ampliado con cuadros comparativos, ilustraciones, fotografías, notas. En el vasto índice de nombres no está el de Benigar, que, sin embargo, en su obra *El problema del hombre americano* –publicada dos años después en Bahía Blanca por un impresor, Panzini– se bate continuamente con Imbelloni, como en un duelo entre paladines de un poema caballeresco. Una leyenda –probablemente una mentira poética de la Pampa, que tal vez acabara una noche con una guitarradice que Benigar le confió una copia de su texto a uno de sus indios para que la llevase, tras días de cabalgada, a la oficina de correos fiable más cercana para enviarla a Buenos Aires. En cualquier caso, nadie acusa recibo del texto; no se sabe si Imbelloni lo ignoró por desprecio o porque nunca tuvo noticia de él. Hoy Imbelloni está olvidado, mientras que Benigar tiene cierta fama que sigue difundiéndose desde Neuquén hasta los lugares más inesperados. Las arrogantes memorias académicas a veces amarillean o se desmoronan antes que las humildes publicaciones de humildes pueblos apartados llenos de vitalidad.

El volumen contra Imbelloni es un apasionado momento central en la vida de Benigar, uno de esos duelos a distancia que se encuentran en los cuentos de Borges y cuyos contendientes –protagonistas de destinos históricos como San Martín y Bolívar, o de tensiones

artísticas secretas como las dos pintoras Clara y Marta– viven esencialmente para su rivalidad, en un vehemente odio recíproco. Ni Imbelloni con su altanería, ni Benigar con su inocencia, viven el uno para el otro. Uno lo ignora todo sobre el otro, y este último se dedica a demoler al rival con la misma atención diligente con que poda los árboles, aunque sin duda comprendemos que las tesis de Imbelloni y su forma de alardear de ellas lo irritan, a diferencia de los árboles, incluso de los que va a talar. La animadversión académica obsesiva no perdona del todo ni siquiera al semiautodidacta araucano o patagón de elección, como revela con frecuencia su tono sarcástico, típico de las polémicas universitarias, aunque en este caso el ateneo se encuentre al aire libre.

La polémica detallada parece convertirse en el eje de la existencia de Benigar. Se fija en las analogías entre civilizaciones o monumentos lejanos en el tiempo y el espacio señaladas por Imbelloni, para desmontarlas o para oponerles otras; critica digresiones y vaguedades, sonríe con ironía ante el énfasis del rival, contrapone acentos tímidos y modestos a lo que le parece ostentación de soberbia.

La polémica le obliga a realizar análisis detallados de pirámides tahitianas y americanas, e incursiones en las etimologías de lenguas neolatinas, malayopolinesias y amerindias; distingue en el panteón andino a las antiguas deidades de los vencidos asimiladas por las de los vencedores posteriores, dedica páginas a demostrar que la estela de Copán no representa un elefante, como afirma su rival, sino la estilización de un hombre de nariz larga; discute el estilo guanaco, las cerbatanas y las representaciones de los pájaros funerarios que transportan las almas; polemiza con la superposición de Manco Cápac y Viracocha.

Las páginas más bellas están dedicadas a la ilustración del Olimpo araucano y de sus ordenadas jerarquías, desde la suprema divinidad cuaternaria a los dioses menores e ínfimos. Pese a su actitud amable, siempre respetuosa, esta polémica exacerba la involuntaria e inadvertida comicidad que a menudo existe en las ácidas polémicas entre sabios, que confunden sus construcciones

hipotéticas con el mundo y dedican a conjeturas en papel un ímpetu pasional que otros dirigen a la dificultad de vivir o de amar.

Benigar cuestiona especialmente expresiones que rozan el racismo como *melanoderma*, *herencia genotípica*, *mestizaje*, *razas blanca, amarilla y negra*; siente una decidida aversión por el darwinismo en sus derivas racistas y esto lo induce a rechazar la teoría de la evolución, que hace descender al hombre del mono, llegando a hipotetizar lo contrario: la posibilidad de que ciertos simios desciendan del hombre. Acusa a Imbelloni, en general, de «excesiva erudición», que impide al científico ver muchas cosas simples en las que sí repara el llamado hombre común. Quizá no le perdona haber definido la Patagonia como «tierra maldita»...

La visión de Benigar es la de una humanidad que se desarrolla unas veces por transmisión cultural –de una cultura a otra, de una población a otra–, y otras, en cambio, por creaciones similares pero recíprocamente independientes. Analiza y critica las interpretaciones de esculturas, grafitis, edificios, tendiendo siempre a defender la idea de que las conquistas humanas no se obtienen por imitación, sino con el «arduo trabajo de la propia alma». Demuestra un extraordinario conocimiento de los estudios antropológicos y de las diversas teorías, un conocimiento tanto más asombroso en el aislamiento periférico en el que vivía. Se opone siempre a las teorías totalizadoras, una de las cuales, en su opinión, es el darwinismo; ni siquiera le gusta el término *hipótesis*: prefiere *suposiciones*, que atenúa la arrogancia del otro vocablo.

Incluso el término *sistema* le parece sospechoso y prefiere la expresión *método*, que considera menos presuntuosa. Tiene en cuenta las similitudes entre la pirámide de Tahití y la americana, sin aceptar la tesis de su necesaria dependencia; estudia los diferentes aspectos de los testimonios culturales; rechaza sobre todo la dependencia de la cultura peruana de la propia de las islas del Pacífico Sur, por ejemplo en el caso de expresiones que también pueden ser autónomas y derivadas de onomatopeyas universales. También resulta cómico cuando rebate la interpretación de Imbelloni de una estela, cuyo dibujo a este último le parece una trompa de elefante, lo que atestiguaría, por tanto, que conocían estos animales,

llegados de Asia aunque luego se extinguieran en el Nuevo Mundo, o al menos que los primeros que llegaron de Asia los habían visto y conocido y los habían conservado en el recuerdo. En opinión de Benigar, sin embargo, no se trata de una trompa, sino de un colgajo de piel que pende del ano de un avestruz...

Benigar defiende a otros estudiosos atacados por Imbelloni, como Posnansky, en una polémica que es «un triste espectáculo» de injurias. Sus observaciones demuestran un vasto conocimiento de las teorías antropológicas, de las tecnologías antiguas y de la astrología. Su familiaridad con las tiendas de campaña y las praderas no lo protege del furor por las bibliotecas. Al final, abrumados y fascinados por todas las demostraciones, por la interpretación de pintadas, de mandíbulas, de cráneos y de expresiones idiomáticas –del análisis de los dioses de los templos babilónicos al cotejo de la asonancia entre la palabra serbocroata *sapun* y la araucana *zapun*–, se olvidan las tesis contrapuestas y tan solo se comprende, vagamente, que Benigar rechaza la hipótesis de que la civilización amerindia proceda de Oceanía. Pero son más bien las propias tesis las que se sumergen en la sugerente evocación de antiguos cataclismos que habrían engullido continentes fabulosos –cada uno más antiguo que el otro, Lemuria, Gondwana, Arquelenis–, navegaciones perdidas en la inmensidad oceánica, mares poblados por gorgonas y otros monstruos.

¿*Un fragmento de Lemuria*?

No solo para Thomas Mann «hondo es el pozo del pasado», como dice la primera línea de *José y sus hermanos*. Cuando se intenta descender al origen, siempre se descubre algo más hondo. La Atlántida tragada por las aguas se convierte en el continente perdido por excelencia, pero hay un mundo aún más antiguo, la mítica Lemuria, el continente o supuesto continente del Pacífico sumergido en las aguas, un fondo aún más hondo. Benigar también está

fascinado por ese pozo y llega a decir que una pequeña parte de Lemuria no desapareció en las aguas, sino que permaneció en la superficie y constituye un trozo de la Araucanía. Le gusta pensar que pisa un terreno inconsistente que se abre a profundidades abisales, como en un terremoto; toda la historia, en cierto momento, parece convertirse no en un camino hacia lo alto, grandes o pequeñas pirámides que se alzan contra el cielo, sino hacia abajo, hacia la oscuridad.

Es un gran tema, que fascina en particular a la cultura entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Las fantasías de Conan Doyle sobre un continente perdido, donde todavía se puede encontrar el mundo de los dinosaurios; el viaje de Verne al centro de la tierra, tinieblas, mares y lagos borboteantes, monstruos desconocidos para la memoria humana. La historia como descenso, el conocimiento y la verdad como descubrimientos de lo que hay debajo, cada vez más abajo. En otra novela de Verne, *La esfinge de los hielos* –pero ya antes en el *Gordon Pym* de Poe primero y más tarde en *En las montañas de la locura* de Lovecraft–, ese polo de atracción de las profundidades se convertirá en el extremo Sur, el gran misterio antártico, un imán gigante que atrae implacablemente hacia el fondo. Cada capa que se considera la última revela siempre otra debajo; del mismo modo, cada historia abre una trampilla hacia otras historias más escondidas.

Pase lo que pase, todo lo descubierto y vivido nos lleva siempre a una historia anterior. Robinson Crusoe, que se cree el único y el primero en la isla, descubre la existencia de otro, que habitaba ese mundo antes que él. Y a él lo había precedido en la isla el marinero Selkirk, y a este, a su vez, Will el Misquito. En todas o casi todas las robinsonadas, las numerosas reelaboraciones y variaciones de la obra maestra de Defoe que florecieron por docenas en el siglo XVIII, especialmente en Alemania, cada robinsón –sajón, español, alemán, nórdico, etcétera– descubre que lo ha precedido otro náufrago que, a su vez, había descubierto los escritos de un predecesor, y así sucesivamente.

Cuando Benigar, aunque sea de pasada, dice que una parte del territorio araucano es un trozo de la antigua Lemuria no sumergido

con el resto en el gran cataclismo del Pacífico, por un momento también él se entrega a la fascinación por el mundo perdido, sumido no solo en las profundidades marinas, sino, incluso más, en los abismos del tiempo, de un tiempo no mesurable. Inescrutable es el pozo del pasado, escribe Thomas Mann, especialmente cuando uno se pregunta por el pasado del hombre; cuanto más se excava en el mundo subterráneo del pasado, más insondables se revelan los albores de la humanidad, su historia, su civilización, y retroceden poco a poco hacia abismos sin fondo.

«Lo inexplorado se divierte burlándose de nuestra pasión indagadora, a la que ofrece metas y puntos de llegada ilusorios, tras los que, una vez alcanzados, se abren nuevos tramos del pasado.» Lovecraft habla en un relato de una «ciudad más antigua que el hombre», construida, por tanto, por una especie desconocida y desaparecida, extinguida; en otro cuento, el chillido de los pingüinos antárticos resulta ser un eco de otras voces, incluso humanas, remotas. En estos tiempos de dimensión cósmica, incluso la desaparición de la Atlántida, escribe Mann, catástrofe y desaparición por excelencia de una civilización, de algún modo parece reciente, «una repetición, la recurrencia de un pasado remotísimo».

El origen se remonta a una época aún más antigua en la que Lemuria habría desaparecido en los océanos, la Lemuria que es a su vez el último resto del continente más antiguo, Gondwana, una masa de tierra originaria de la que se habrían desgajado tierras africanas, amerindias, antárticas, australianas, indias. En cualquier caso, este viaje argonáutico –el gran antropólogo Malinowski habla de *Los Argonautas del Pacífico Occidental*– es un viaje marino, un viaje por el agua y a través del agua; un viaje para alcanzar y superar el diluvio universal y redescubrir los orígenes remotos destruidos. Un viaje en busca de la vida, pero, en realidad, un viaje en busca de la muerte y un viaje hacia la muerte. Lo declara el propio nombre del mítico continente hundido: en la mitología romana, los lémures eran fantasmas que salían de la tumba para aterrorizar a los vivos; los lemúridos son animales espectrales, con sus enormes ojos nocturnos; según algunos naturalistas, uno de

ellos estaría en el origen de la genealogía destinada a llegar al hombre.

Pero Benigar, a pesar de la pequeña exaltación lemúrica, no era un cabeza loca ni un fanático; después de todo, en Liubliana y en Zagreb había respirado otro aire intelectual y en Praga había estudiado Ingeniería y no la cábala. No podía saber de la existencia de Luca, *last universal common ancestor*, la más antigua protobacteria antepasada de todos los seres vivos, incluidos hongos y amebas. Un cierto escepticismo, muy habsbúrgico, lo protegía de los furores ideológicos, metafísicos e incluso científicos. Lástima que no desarrollara su hipótesis del mono descendiente del hombre; sin embargo, no habría habido mucha diferencia, hubiera sido como descubrir que somos primos por parte de madre en lugar de por parte de padre, o viceversa.

El cacique blanco

Don Juan no murió en Lemuria, aunque Aluminé, el lugar de sus últimos y más felices veinticinco años, podría haber sido, según sus suposiciones, un fragmento salvado del abismo; y ni siquiera murió a caballo. Murió sentado en su casa, mientras hablaba con su amigo y biógrafo Victor-Victorio Sulcic, cuyo libro se titula precisamente *Juan Benigar, el sabio que murió sentado* (1970). Era la gente de Aluminé la que lo llamaba «el sabio» o, como le dijo al propio Sulcic el padre Ludovico Pernisek, «el cacique blanco». Sulcic había encontrado al sacerdote entre los prados y las ovejas, al pie del majestuoso monte Lanín, eternamente cubierto por un «poncho de nieve inmaculada». Había comprendido enseguida que, por sus ojos azules y los rasgos familiares de su rostro, no podía ser un indio, sino más bien un compatriota, un esloveno como él. El padre Pernisek –salesiano, como la mayor parte de los más activos y valientes sacerdotes católicos en esas tierras, párroco esloveno en los Andes– no podía haber leído *La estrella de la Araucania*, de Salgari, donde aparece un

siniestro ballenero de Punta Arenas, en el extremo Sur, que se convierte en un malvado y tiránico cacique blanco de los indios en Tierra del Fuego. Don Juan era un «cacique», un jefe, pero como amigo e incansable protector de los indígenas.

Fue a partir de 1925 cuando Benigar se trasladó a la Cordillera, al Territorio de Río Negro y luego a la provincia de Neuquén. Llegó atravesando tierras chilenas devastadas, «convulsionadas», por el terremoto; infierno de las profundidades, muerte y sangre, muchos cadáveres sepultados bajo los escombros, supervivientes vagando entre las ruinas como los ciegos de Brueghel. En 1922, don Juan, que quizá aún no era tal, es decir, aún no se había convertido en un verdadero indígena, escribió una carta a don Félix San Martín, historiador y literato que gozaba de gran consideración en su pequeña ciudad de la Cordillera, Junín de los Andes, y en la región circundante. La carta es un comentario riguroso, admirado y crítico al mismo tiempo –«un estilo de una precisión matemática»– de un libro sobre la cultura patagónica escrito por el propio San Martín. Así nació una amistad entre los dos destinada a durar hasta la muerte, en un intercambio de opiniones, críticas, descubrimientos.

Don Félix le había propuesto instalarse en su estancia de Quilachanquil, y Benigar, al principio vacilante por la distinta y mucho más modesta condición de su propia familia, terminó por aceptar. En 1925 abandonó la Pampa y se dirigió a la Cordillera, en tren hasta Zapala y en un carro tirado por bueyes hasta Aluminé. Un viaje agotador y arriesgado, lleno de incidentes: la desaparición de un niño, su búsqueda de noche y su encuentro; la oración vespertina de toda la familia Benigar dirigida a los dioses abandonados en los lugares que habían dejado atrás en su deambular; el pantano de arenas movedizas, el caballo que se hunde en él, pero que salva el lazo de un araucano de aspecto tan hermoso como una estatua de bronce de Rodin; los pumas y los jaguares en la selva.

Sulcic, en su libro, recuerda el primer encuentro con Benigar: la elegancia y la soltura con la que desmonta del caballo, el chambergo negro en la cabeza, el pañuelo de seda alrededor del cuello, pantalones gastados cómodos para montar, zapatos de cuero negro. Casi nunca sonreía, escribe Sulcic, pero era siempre afable y

respetuoso con todos, se quitaba el sombrero cuando se encontraba con alguien, escuchaba a quien le pedía ayuda. Una fotografía, un primer plano, muestra un rostro delgado y afilado, una piel llamativamente clara entre los muchos hombres oscuros a su alrededor. Ojos quietos y melancólicos, tristeza de las cosas, pero las riendas del caballo firmes en la mano. Un aplomo distante y al mismo tiempo amable. Un hombre atractivo, de rostro surcado por las arrugas y complexión esbelta, enjuto y taciturno vaquero de wéstern e intelectual musiliano. Un caballero que alcanza sus metas, pero parece sentirse derrotado por dentro, aunque ciertamente no se rinde; un Caballero de la Triste Figura, que, aterrado, dice: «Yo sé quién soy».

Lo recuerdan generoso, capaz de transmitir serenidad y alegría a los demás. Pero también debió de ser contagiosa su melancolía, un deterioro íntimo que se metía en el alma de los que tenía cerca. Sulcic describe a su segunda esposa, Rosario Peña, enamorada de su marido, muy hermosa e inteligente, ojos negros en los que destellaba una feminidad tierna y sensual, amable con todos y juguetona con sus hijos, pero que con el tiempo se volvió cada vez más taciturna, abatida, impenetrable. En la creciente tristeza de la bella y generosa esposa hay tal vez una historia no escrita de Benigar, un naufragio oculto que arrastra a quien está a su lado y comparte su destino más que ningún otro. Quizá la melancolía mitteleuropea derrotó al canto tayil araucano y lo apagó en los labios más amados.

Los largos años de Aluminé son, al menos en apariencia, los más serenos de don Juan; fecundos en iniciativas artesanales y agrícolas, en estudios y escritos, en contactos culturales –por ejemplo, como miembro delegado de la Junta de Historia y Numismática Americana–, en reuniones, en intervenciones para proteger los derechos de los pueblos autóctonos, cada vez más ignorados y oprimidos, y que él tan vigorosa y lúcidamente defendió. Promueve un fuerte desarrollo en su pequeña empresa textil, a la que llamará Industria Textil Sheypukiñ en memoria de su primera esposa, sin preocuparse de patentar el nombre como marca registrada. Aluminé tenía una pequeña pero animada tradición económica que se

remontaba a los intercambios entre los países a ambos lados de la Cordillera en la época de la dominación española. Ganadería, lana, minería, tráfico fluvial. Una dimensión de pequeñas iniciativas privadas, como en los albores del capitalismo.

La fuerza –y quizá también la melancolía– de don Juan es su radical individualidad, abierta a la colaboración con los demás, a iniciativas plurales –las cooperativas, las agrupaciones–, que se sostienen siempre en el individuo y en la solidaridad. En *Mis últimas disposiciones*, redactadas en el patio de su casa el 14 de enero de 1950, expresa el deseo de ser enterrado junto a sus dos esposas, y de que se comunique la noticia de su muerte a su hermana mayor, Ruza Jelasic-Benigar, profesora jubilada, residente en Yugoslavia; no quiere que se ponga ninguna cruz en su tumba –«porque no soy cristiano»–, sino el símbolo teosófico, la estrella compuesta por dos triángulos equiláteros, rodeados por una serpiente que se muerde la cola.

Pero, sobre todo, establece que sus hijos, si están de acuerdo, formen una cooperativa familiar para continuar con la industria textil, que él no había dejado de perfeccionar poco a poco desde 1917. Sus dos hijos Pitágoras Huenullancá y Sócrates Quintullancá deben permanecer en casa bajo la dirección de Alejandro Mañqué para aprender el oficio, y a sus hijas Leocadia Millarayen y Magdalena Ayerayen deben educarlas Marta Aycroupray y Elena Kallvuray. Para dirigir la industria designa a Alejandro Mañqué, «al que considero el más adecuado para este fin». Si este no estuviera de acuerdo, don Juan confía uno de los dos hijos pequeños a Ambrosio Millañamcú o, mejor aún, «a mi noble amigo» don Carlos Villarino, juez de paz, si acepta. De las hijas, Magdalena Ayerayen debe quedarse con una de las otras que menciona, y lo mismo vale para Leocadia Millarayen, confiada, si no, a doña María Hueycha Queo.

Su casa sería para los hijos de Rosario. La biblioteca, en la que hay algunos libros de gran valor, debe dejarse como está, salvo la limpieza necesaria para que pueda servir a todos, hijos, hijas y nietos, sin permitir que se lleven los libros a sus casas, excepto por un tiempo muy limitado y con una promesa de devolución por escrito; sus papeles, agrega Benigar al final, deben ser embalados

hasta que haya un estudioso, siempre en la familia, capaz de usarlos. Así, con esta precisión, redacta su testamento, y lo concluye bendiciendo a todos sus hijos, a todos los descendientes de estos y a sus cónyugesconsortes, escribe, usando una palabra común y corriente, pero devolviéndole en ese texto el valor de su significado original, *con-sorte*, alguien que comparte la suerte, el destino del propio compañero o de la propia compañera.

Un testamento redactado como si no existiera el código civil, como si para dirigir una empresa hubiera que ser el padre de familia y no el presidente del consejo de administración. Benigar quería fundar en esas tierras patagónicas o araucanas una sociedad, una comunidad justa, basada en el modelo de la debida armonía familiar y abierta a los demás. Ese es el sentido de su vida y de su legado, hoy cuidado y cultivado en diversas formas, estudios filosóficos e investigaciones históricas sobre sus obras, espectáculos teatrales y musicales inspirados en su figura. No es el individuo el que importa, le gustaba repetir refiriéndose a sus méritos, sino su trabajo, lo que realmente ha hecho y que, por tanto, deja en herencia. De la sociedad por cuya construcción Benigar tanto luchó queda poco rastro, en particular en esa patria araucano-patagónica que había hecho suya. Pero la espantosa injusticia del mundo –también de su mundo, entre la Pampa y la Cordillera– no ha dicho la última palabra. Es fácil sonreír ante su ingenua utopía, que parece o puede parecer completamente obsoleta, pero la historia a menudo se burla de quien presume de conocer y dominar su curso. También los grandes ríos desconciertan con frecuencia a los potamólogos.

Rey de Araucanía y Patagonia

El 17 de noviembre de 1860, Orélie-Antoine de Tounens, procurador en Périgueux (Francia), anuncia al mundo el nacimiento o renacimiento del Reino de Araucanía, al que más tarde llamará Reino de Araucanía y Patagonia, y del que se proclamará rey. De hecho, hablaba como rey desde el 18 de julio anterior, cuando cruzó –tal vez con dos amigos, uno de ellos ya nombrado ministro, tal vez solo– la frontera con la Araucanía, que Chile, por su parte, también considera territorio suyo, aunque, en todo caso, teme las pretensiones de Argentina sobre la región.

¿Cuáles son las fronteras de la Araucanía? No conozco los límites de ese territorio, dirá más de cincuenta años después Benigar, cuando trataba de definirlos a través de los topónimos; quizá no los hay. Con todo, aunque antepone un «tal vez», hablará de un territorio en el centro de Chile y de otro en Argentina. Los límites estarían, a su juicio, entre los paralelos 30 º y 46 º para Argentina y, para Chile, entre los Andes y el Pacífico, entre el 30 º y el 47 º. Un territorio, *grosso modo*, de 800.000 kilómetros cuadrados. Probablemente emparentados con los guaraníes brasileños, los mapuches, o sea, los araucanos, habían cruzado los Andes en el siglo XIX o XVIII d. C. y se habían instalado en el centro de Chile y más tarde en el norte, en el desierto de Atacama, y hacia el sur, hasta la isla de Chiloé. *Mapuches* es el nombre que se pusieron ellos mismos: pueblo de la tierra, cazadores y recolectores y pronto agricultores; siempre guerreros, acostumbraban a decapitar a los enemigos asesinados y a usar sus cráneos como copa. Los incas los llamaban *auca* –que en mapudungun, el idioma mapuche, significa «salvaje», «rebelde»; también es un término que aludía a una yegua indómita–, porque habían resistido ferozmente a su invasión y dominio. Un pueblo libre que no reconoce plenos poderes a sus

líderes y que toma las decisiones en una especie de asamblea; cuando, siglos después, el inverosímil abogado francés quiera convertirse en su rey reconociendo el poder legislativo a los indios dispersos y escondidos en los bosques, posiblemente se quedará fascinado por su orgullo indomable, que lo empujará a estudiar las viejas fronteras, o las reclamadas como tales, entre Chile y Araucanía y a proclamar la independencia y la libertad de esta última, considerándola un verdadero Estado.

Durante más de veinte años, el abogado francés había soñado con devolver la libertad y la grandeza a la Araucanía, que había opuesto una resistencia indomable y a menudo victoriosa a los incas y, más tarde, a los conquistadores españoles, entre batallas y una cruel represión. Lautaro, el héroe y general araucano varias veces vencedor, se había convertido en un personaje de la literatura española en las octavas, influidas por Ariosto, del poema épico *La Araucana*, de Alonso de Ercilla (1590), que Voltaire considerará una de las mayores obras maestras de la literatura universal.

La liberación y la corona de la Araucanía rondaban la cabeza de Orélie de Tounens desde su tesis de licenciatura, «La conquista y propiedad ante el derecho de los pueblos», unidas a la obsesiva fijación por los orígenes de su propia familia, que descendía, según él, de un prefecto de la Galia romana, de los emperadores de Bizancio y de los señores de Aquitania, y que había sido privada cinco siglos antes, durante la guerra de los Cien Años, del nobiliario «de», que él consigue restituir a su nombre. Pero, a su juicio, la nobleza y su derecho-deber de gobernar derivan de la virtud personal y del sentido de la universal dignidad humana. Le gusta que Murat, hijo de un palafrenero, se convirtiera en rey de Nápoles y que algunos mariscales napoleónicos procedieran del pueblo; los caciques que gobiernan uno u otro grupo araucano y patagónico no son menos aristócratas para él que la gran nobleza de Francia. Su misterioso trono pondría fin a la infame violencia, los robos y las expropiaciones que destruyen y seguirán destruyendo a los indios, su mundo y sus condiciones de vida, en una espiral de injusticia y crueldad por parte de los blancos y también de las empresas que se adueñan ilegalmente de la explotación del ganado ovino (se llega

incluso a pagar una libra por cada oreja de araucano o patagón asesinado).

Orélie-Antoine de Tounens se enardece desde los tiempos de la escuela por los rumores sobre un proyecto de algunos exoficiales de Napoleón para liberar al emperador de Santa Elena y crear un imperio franco-indio en América del Sur. Más tarde propondrá la creación de un Estado franco-araucano, una especie de Canadá o Luisiana, los territorios franceses perdidos; no una colonia, sino un Estado gobernado y dirigido por los indios. Orélie, católico que, muchos años después, sin un céntimo, ridiculizado, marginado y perseguido, pedirá ayuda al papa Pío IX, estuvo inscrito desde su juventud en la Logia Masónica de los Amigos Perseverantes de Périgueux, donde periódicamente pide dinero para sus proyectos y de la que acabará siendo expulsado o –esto no está claro– apartado, otro golpe que lo contrariará todavía más, pero que encajará sin desanimarse demasiado.

Es un aventurero del siglo XIX; no tiene nada de la ligereza del aventurero del siglo XVIII, de su cínico y lúcido sentido de la realidad, de su desencantado conocimiento del mundo. Orélie es un héroe de melodrama del siglo XIX, teatral y caricaturesco, propenso al patetismo y a los grandes gestos, en la frontera entre el drama y la opereta. Después de todo, también Maximiliano de Habsburgo –ilustrado gobernador de Lombardía que, más tarde, acepta con irresponsable ligereza la corona imperial de México, un país del que sabe muy poco, y casi nada del fuego volcánico que bulle en él y que lo destruirá– resulta ser, al fin y al cabo, un noble soberano de vals, al que no por casualidad admira Orélie. El propio Orélie, a pequeña escala, forma parte de esa Europa del siglo XIX que crea imperios y se extiende por el mundo, encaminándose inconsciente hacia su propio declive hasta el suicidio colectivo de la Primera Guerra Mundial, que pasará el poder del mundo a otras manos.

Los araucanos, en realidad, tenían muchos motivos en su historia y su cultura para fascinar no solo a un aventurero generoso y desequilibrado. Habían sometido a los tehuelches o patagones, habían resistido la invasión de los incas y les habían dado más de un quebradero de cabeza a los conquistadores españoles: a Almagro, el

conquistador de Chile, y a Pedro de Valdivia, que los masacra, pero termina derrotado y asesinado, mientras que, un par de años más tarde, su nuevo jefe, Caupolicán, es a su vez capturado y ejecutado por los españoles. Si los incas y luego los españoles dieron a los mapuches el glorioso apodo de *auco*, serán finalmente los españoles quienes, tras haberlos derrotado en una guerra muy dura, los llamen *araucanos*, un nombre impuesto por los vencedores a los vencidos, que siempre lo rechazaron.

Ese nombre nace el mismo año en que Alonso de Ercilla y Zúñiga, conquistador y notabilísimo poeta, publicó *La Araucana*. Octavas melodiosas y trágicas inspiradas en los grandes modelos de la tradición épica y la caballeresca, en una especie de síntesis de Virgilio y Ariosto.

Con él, observa Isaías Lerner, editor y comentarista del poema, nace un nuevo gran arte épico, ya no sometido solo al modelo antiguo (esencialmente latino, Virgilio y Lucano), sino enriquecido por las turbulencias políticas de la época, por las grandes batallas para dominar Europa y conquistar el Nuevo Mundo. Cada gran transformación de época requiere un nuevo y gran arte que le dé forma.

El propio Ercilla funde en su poema las experiencias de su vida aventurera y guerrera en las nuevas Indias y los avatares de la época, en una genial mezcla de vida vivida, tropos literarios, motivos clásicos y modelos renacentistas, idea imperial antigua e idea imperial española contemporánea, la poesía de Garcilaso de la Vega y la del Renacimiento. Una perfecta fusión de clasicismo y modernidad. Las heroínas clásicas renacen bajo ropajes admirablemente modernos, la pasión –las pasiones– de Dido y la fidelidad conyugal de Lauca, el trastorno de los sentidos y la *virtus* romana; el guerrero araucano Rengo, vencedor de los españoles, es un nuevo Heracles victorioso sobre Anteo; el capitán español Villagrán, al cruzar un río, repite las palabras que pronunció César cuando pasó el Rubicón. Sobre todos los héroes destacan los dos líderes araucanos: Caupolicán, varias veces victorioso y finalmente empalado, confía, sin embargo, en que sus araucanos –enumerados y descritos a su alrededor en el momento de la muerte, según el

topos homérico de la relación de héroes– continuarán la resistencia; y Lautaro, el más grande de todos, sobre el que el poeta llega a decir que ni siquiera el más importante de los héroes antiguos se puede comparar con él, dando la vuelta, por tanto, a la relación de *auctoritas* entre antiguos y modernos. Ercilla es también un maestro de la retórica, que recurre a casi todas sus figuras: la repetición, la acumulación, la enumeración, la anáfora. El poeta indudablemente está enamorado de la realidad, de las travesías marítimas y de los héroes que caen en la batalla, de cuyas venas se derrama la sangre como el vino de una crátera rota. Los episodios heroicos se acompañan de la polisemia y las fluctuaciones de significado, en una compleja arquitectura de neologismos, latinismos y nombres compuestos, y en el uso de un léxico muy amplio. El multilingüismo incluye nombres de animales entonces muy poco conocidos, mientras que la riqueza creativa de la lengua parece descuidar a los nativos.

El poema de Ercilla es el relato de un país, de su historia, de los usos, costumbres y tradiciones de los araucanos, a los que no les gusta ni les gustará nunca que los llamen así; son y se llaman *mapuches*. Ercilla, en su obra maestra de la épica, elabora el gran fresco histórico y el minucioso documental de un pueblo, de una cultura derrotada, pero que resiste con tenacidad sin romperse ni disolverse, continuando su existencia, *siendo* en el sentido propio de la palabra.

La historia de los mapuches siempre ha sido, antes y después del trágico vodevil del rey OrélieAntoine I, una historia de masacres y de resistencia a las masacres y a las diversas formas de persecución y marginación. Resistencia a los ejércitos del general O'Higgins o del coronel Urrutia, a la miseria y a la propia modernización del país, cuyo desarrollo industrial o económico supondría para los indios un genocidio cultural. Una centenaria lucha a cuchillo, desigual pero encarnizada, contra las leyes de Pinochet y desde mucho antes contra la dictadura de las multinacionales, más libres que en cualquier otro lugar para actuar ilegalmente con leyes injustas en una sociedad que también albergaría un enclave nazi, la Colonia Dignidad, donde en 1961 encontró refugio Mengele. La represión del

pueblo mapuche tendría el honor de aparecer en los titulares de la prensa mundial aunque solo fuera un instante, no más que un flash de agencia, con la visita del papa Francisco en 2018 a Temuco, capital de la Araucanía. Una visita tumultuosa, porque la presencia de un papa solidario con los nativos y muy consciente de las culpas del colonialismo, incluido el interno, y también de la Iglesia –en particular del Opus Dei–, reabriría y daría a conocer heridas nunca cicatrizadas.

En 1860, Orélie «cruza su Rubicón», es decir, el océano Atlántico. Planea entrar en la Araucanía desde Chile y desembarcar en Valparaíso. Se sienta en un café mirando al mar, escuchando los gritos de pescadores y marineros; estudia español y mapudungun, se deja crecer la barba y el pelo, lleva poncho, coloca un sable en la montura de su caballo, presta atención a los rumores sobre enfrentamientos entre soldados chilenos y araucanos y a las habladurías, recogidas por los brujos del bosque, sobre la inminente llegada de un hombre blanco destinado a ponerse a la cabeza de los araucanos contra Chile y a devolverles la libertad, casi para invertir la imagen del blanco ávido de oro del que hablan tantos testimonios. Todavía no rey, pero decidido a serlo, el abogado contacta con algunos caciques; en los momentos de desesperación se compara con Cortés en la terrible «noche triste» de la sublevación azteca.

Finalmente, se pone en marcha y parte hacia su reino. Se pone en camino, a caballo. Con dos compañeros, Lachaise y Desfontaine, a uno de los cuales ya ha nombrado ministro. Nunca existieron, los inventó, como sus nombres. Viaja, por tanto, solo. Atraviesa páramos y bosques, fascinado por la belleza natural, praderas verde esmeralda, rocas negras que anuncian los volcanes, nieves azules. Un cielo en el que vibran los reflejos de los mares antárticos, escribirá un siglo después un biógrafo suyo y sucesor en el exilio, sin haber visto jamás aquellos lugares ni haber puesto nunca un pie en esas tierras. En un gran claro circular de los Andes se encuentra con el cacique Quilapán, que llega con cien jinetes; grande y poderoso, desnudo bajo el poncho, de mirada insoportable, que solo la del inminente rey puede sostener con orgullo, como en una novela de Salgari, y no solo porque Salgari escribiera también *La estrella de la*

Araucania. En el clima, el color, la ingenuidad a veces involuntariamente cómica pero también apasionante del relato del hombre que está a punto de convertirse en rey resuenan las narraciones salgarianas; al lector actual le resulta conmovedor que no haya olvidado los tigres de Malasia y los corsarios de su infancia y adolescencia, su inverosímil y vigorosa fantasía siempre iluminada por la realidad, vista o tan solo leída en el informe de algún viajero, pero no por eso menos potente o perentoria.

Así nace un reino. Orélie y Quilapán se abrazan, el rey jura unir todas las fuerzas de las diferentes comunidades araucanas, promete que su «ministro de Guerra y su ministro de Marina "procurarán" armas modernas» y barcos. Los araucanos a su alrededor, hombres y mujeres, bailan, gritan, cantan el Chivoleo, el canto de guerra, las hogueras del campamento arden iluminando el bosque, la chicha, la cerveza autóctona, fluye sin escatimar. Solo Quilapán, recién nombrado ministro de la Guerra, contempla impasible la fiesta.

Un Estado necesita una Constitución y el rey la redacta enseguida. En primer lugar se trata de una monarquía: la república le parece un caos de facciones y golpes de Estado, de lo que, además, daban prueba las turbulentas repúblicas sudamericanas. La Constitución de Orélie (que pronto cambiará su nombre por el españolizado Aurelio-Antoine I) es una obra maestra surrealista o dadaísta. Monarquía constitucional hereditaria, cuya sucesión, a falta de herederos, como sucederá a su muerte, la decide el soberano por designación; el monarca puede ser un rey o una reina. En la tumultuosa fiesta de esa noche, entre cantos y danzas de guerra, el soberano nombra ministros que dependen solo de él, un Consejo del Reino, un Consejo de Estado y un Cuerpo Legislativo elegido por sufragio universal, si bien no queda claro cómo se desarrollarán las elecciones en los bosques. El rey puede otorgar títulos de nobleza, pero puramente honoríficos y desprovistos de cualquier privilegio, porque el artículo primero de las disposiciones fundamentales garantiza la libertad individual y la igualdad de todos ante la ley. El rey puede destituir a los consejeros y jueces, pero por razón de sus culpas y faltas. Durante el estado de sitio nadie puede abandonar su lugar de residencia sin pasaporte; sin embargo, no se especifica

cómo establecer ese lugar de residencia en los bosques, sobre todo para algunas etnias araucanas errantes, y no se dice ni una palabra sobre la impresión y la distribución de pasaportes. Las asambleas de los ciudadanos no son menos válidas si se celebran al aire libre o a caballo. La Constitución está firmada por el soberano y por el ministro de Estado del Departamento de Justicia, una persona que no existe, uno de los dos compañeros inventados a su entrada en la Araucanía. Parece que fue el propio rey quien firmó no solo en su nombre, sino también en el del ministro imaginario. Un mes después, en Canglo, otra localidad, el rey presenta la tricolor araucana a los jefes indios, azulblanco-verde, la bandera del nuevo Estado, mientras todos cantan el Chivoleo. El soberano también instituye órdenes caballerescas y medallas al mérito y encarga un retrato para adjuntarlo a cualquier texto de su Gobierno.

Se informa al mundo de la fundación del nuevo Estado por medio de una carta que el soberano envía a tres periódicos chilenos y que firma con su nombre españolizado, Aurelio-Antoine. También abre embajadas del reino en los países más diversos y lejanos del mundo –aunque, en este sentido, no está muy claro el significado preciso del verbo *abrir*–, y confirma siempre el vínculo con Francia, con la Francia imperial de Napoleón III, a pesar de que la prensa francesa lo ridiculiza. Mientras tanto, en Araucanía se está gestando una guerra encubierta entre el Ejército chileno y los araucanos, que lo derrotan.

Tres días después de la promulgación de la Constitución, los mensajeros enviados a Argentina regresan con la respuesta de los tehuelches, los patagones, que se adhieren con entusiasmo a la propuesta de una Federación Araucanía-Patagonia. Entre los indios de la Pampa se mantiene muy vivo el recuerdo de todas esas guerras emprendidas por los Gobiernos argentinos, como la Campaña del Desierto, desencadenada por el general y luego presidente Rosas en 1833 y que llegó hasta Carmen de Patagones; una guerra que devastó a los indios y que, a pesar de una pequeña recuperación de estos en 1858, concluirá en 1885 con la rendición de los últimos caciques. Patagonia pasa a formar parte de Argentina;

con los patagones se mezclan los araucanos empujados hacia el este, al otro lado de la Cordillera.

El rey está atento a los sufrimientos de los indios atormentados y a menudo masacrados por los blancos y, en particular, por los criadores de ovejas, pero, como muchos años después Janez Benigar en *El calvario de una tribu* (1926), es ajeno a un discurso explícitamente político. Décadas después, pero también ya en esos años, la Patagonia «rebelde» conocerá movimientos políticos de explícita inspiración socialista y luego comunista, huelgas, atentados, una auténtica guerrilla política, a la que el Ejército argentino sobre todo responderá con una represión despiadada que, de todos modos, no doblegará a esos combatientes indomables como, por ejemplo, Antonio Soto, un incansable revolucionario y guerrillero, un hombre de cien oficios, nada fácil de atrapar, que sobrevivirá muchos años a las matanzas de numerosos compañeros suyos y no morirá por cuchillo o arma de fuego, a los que escapó de forma increíble en muchas ocasiones, sino de una trombosis cerebral, el 11 de mayo de 1963. No llegará a ver la muerte de Kennedy, pero sí ve, con una satisfacción fácilmente imaginable, el grotesco desastre de bahía de Cochinos, la derrota, huida y muerte no tanto de los soldados norteamericanos como de los exiliados cubanos disfrazados de soldados norteamericanos, que acudían a materializar la promesa de Kennedy de devolver Cuba a la mafia de la droga y de los burdeles, a cambio de la ayuda que prestaron a su elección con el voto de muchos fallecidos a los que la mafia sacó de las tumbas.

Pero los terribles escenarios políticos y sociales de Argentina o Chile no entran en los proyectos, sueños y horizontes del rey, excepto en lo que se refiere a las reivindicaciones de los indios. La política, en el sentido real y auténtico, le es tan ajena como lo será a menudo para los grandes viajeros solitarios, pese a mostrarse tan atentos y sensibles a los sufrimientos indígenas, ricos en un sentimiento que, sin embargo, no llega al concepto. Pero el rey tiene otras cosas en las que pensar. Mientras viaja por el bosque para visitar a los distintos caciques, ignora que se ha puesto precio a su cabeza, y unos hombres armados lo hacen prisionero y lo llevan a Chile, a una celda mugrienta de la fortaleza-prisión de Nacimiento.

Le hacen pasar hambre y luego lo encierran en un manicomio, donde se le somete a examen psiquiátrico.

En varias ocasiones, incluso después de su muerte, será objeto de estudio más por parte de psiquiatras que de historiadores. La fórmula «idea demencial seguida de un comportamiento obstinadamente lógico» no es un diagnóstico, pero tal cóctel de locura y lógica es quizá la coraza que le permite, gracias a esa obsesión suya más fuerte que el destino, permanecer impermeable a las catástrofes, las derrotas, las humillaciones. Aunque pasa muy poco tiempo de la posición de rey a la de prisionero y caso clínico, no se desanima. Describe su traslado forzoso a la fortaleza-prisión como una entrada triunfal, aplaudida por el pueblo y sobre todo por la chiquillería, como la entrada de Jesús en Jerusalén a lomos de un burro. Como buen jurista que conoce el derecho público internacional, expone al tribunal y al Gobierno chilenos la naturaleza contradictoria de los cargos: si la Araucanía es parte de Chile, como se afirma, no pueden acusarlo de cruzar ilegalmente la frontera y, si lo denuncian por esto, quiere decir que la Araucanía es un Estado soberano limítrofe con Chile, y no un territorio de Chile. Pide ayuda a Francia, obviamente en vano, pero con orgullosa dignidad.

Con la Federación Araucanía-Patagonia, el rey extiende, según él, su propia y surrealista jurisdicción a todo el Gran Sur del continente americano, de los 42 º de latitud al cabo de Hornos. Glaciares, picos de la Cordillera, la Pampa meridional, bahías heladas, reino de guanacos, focas, albatros y ballenas. Tierra de balleneros, buscadores de oro, contrabandistas; más tarde, sicarios de los propietarios blancos de granjas de ovejas, que alteran y destruyen el hábitat milenario. Sicarios diligentes como el famoso escocés Chancho Colorado, terror de los indios de Punta Arenas, torturados y asesinados por él y muchos otros.

La denominación «Reino de la Araucanía y Patagonia» amplía el espacio del Estado fantasma de Aurelio-Antoine I; al menos, o solo, el espacio fantástico, porque su jurisdicción sigue siendo imaginaria, y no solo porque el rey esté en la cárcel, en el manicomio o en el exilio. La única realidad del reino es el rey que no está. No hay cabeza donde colocar la corona de acero que había mandado forjar:

tenía pasión por las medallas, condecoraciones, sellos conmemorativos.

La capital más adecuada para su reino sería la mítica Ciudad de los Césares, un espejismo que perduró durante tres siglos alimentado por su propia irrealidad; techos de oro y calles empedradas con diamantes, oro y gemas del crepúsculo en las cimas de los glaciares, la nada antártica y todo lo que la fata morgana hace resplandecer en la nada. Tiempo que no existe, que se contrae en los meridianos que convergen hacia el extremo Sur y donde se encuentran, al final, en el mismo momento todas las horas, flechas que se clavan en el centro de la diana. El Dorado mortal construido, según una antigua tradición, con restos de barcos hundidos –con su cargamento de oro, plata y piedras preciosas robados por los conquistadores– en el estrecho de Magallanes. Reino blanco y vacío que, aunque muy diferente de los bosques en los que sube al trono, pertenece a Aurelio-Antoine I, rey de la Araucanía, de la Patagonia y de la nada. La Ciudad de los Césares, irreal como el reino medieval del Preste Juan y sus moros cristianos, reino opalescente oculto a la vista de los invasores blancos, en el que un ritual secreto renueva el imperio del sol destruido por los españoles. El mapamundi de Caboto ubica Los Césares en la Cordillera, y don García Hurtado de Mendoza, gobernador de Chile en 1570, organizó una expedición para conquistar el misterioso reino de Tralalanda o Trapalanda o Trapananda –un El Dorado austral, escribe Sepúlveda–, pero solo encuentra pobladores gigantes y peludos con pies grandes y orejas enormes, tan fétidos que no se soportan unos a otros y no consiguen emparejarse. Por suerte, también encuentra un vino excelente, denso, seco y oscuro, «para consagrar, pero mejor aún para beber».

Quizá la Ciudad de los Césares se llamara así no en homenaje a la majestad cesárea de España, sino en memoria de un náufrago, un tal Francisco César, tripulante de Caboto; cuando el tintineo de las palabras suena como oro falso.

Quien creó e imaginó ese reino fue Sarmiento, el gran capitán español que había fundado Puerto del Hambre y había luchado como un jaguar acosado por mastines contra la cada vez más

preponderante potencia inglesa: contra Drake, que le persigue sin tregua y sin piedad, pero también sin debilitar la indomable, salvaje, feroz resistencia, gloriosa bandera de sangre, la propia y la ajena, en la indómita derrota. La montaña oscura que lleva el nombre de Sarmiento se encuentra frente al estrecho que lleva el de pasaje de Drake.

Aurelio-Antoine I nunca verá ese borde extremo de su reino, el que más encaja con él porque es sobre todo un espejismo y un juego de colores y luces, detrás del cual hay muerte y desolación. Cuando sale de las cárceles y manicomios chilenos, regresa a Europa. Años de pobreza, de aislamiento; viajes a Inglaterra en busca de ayudas y fondos para la causa araucana, petición de suscripciones a todo el mundo, burlas en los periódicos, deudas que lo persiguen por todas partes, sin un céntimo en el bolsillo, pero encantado de admirar espectáculos, canciones y cantantes en el *café chantant*. Relaciones complicadas con la masonería, llamamientos al papa y proyectos de financiación aún más complicados. Cuando Prusia derrota a Francia en 1870 y cae el imperio de Napoleón III, el rey en el exilio propone a los alsacianos y a los loreneses que se trasladen a la Araucanía en lugar de convertirse en ciudadanos prusianos o, poco después, alemanes. Funda, no se sabe con qué medios, un par de periódicos, y en uno de ellos, *La Couronne d'Acier*, publica en la sección «Corazones solitarios» una carta, un llamamiento a las doncellas de Francia para encontrar una esposa, que debería estar dispuesta a compartir su destino y ser honesta, de familia respetable, de excelente salud y buen carácter, inteligente, educada y bella, dotada de todas las cualidades para convertirse en una reina perfecta. Esta búsqueda sin respuesta dará lugar a otras interpretaciones psicológicas, un diagnóstico *post mortem* de virginidad forzada, de narcisismo incapaz de proyectar deseo sobre los objetos externos, a pesar de una tal señorita de Percy, «mi futura esposa», que nombra en una carta a su hermano.

Si el regreso al exilio en Francia es patético, todavía lo son más los dos regresos a la Araucanía, intrépidos y grotescos intentos de recuperar el poder, que, en realidad, nunca ha tenido. En 1869, a finales de marzo, el rey remonta el Río Negro y entabla

negociaciones con las autoridades argentinas con la esperanza de un acuerdo hasta que el cacique Semounaou reanuda las hostilidades. El rey lo aprueba, convencido de ser capaz de restaurar los –nunca ejercidos– poderes de su reino junto a Quilapán, una vez más su ministro de la Guerra. El caos en el que se encuentra no perturba sus manías reales y no lo distrae de fundar una nueva orden real, la Corona de Acero. La artillería chilena bombardeará a los araucanos, masacrando a los prisioneros. AurelioAntoine I lanza una verdadera proclama, una declaración de guerra a Chile, en la que lo acusa de violar los derechos de los pueblos y trata de organizar un ejército móvil dividido en pequeños grupos que puedan compensar la escasez de armas y hombres con rapidez en la intervención. Tras escapar a dos atentados de los chilenos, el rey decide regresar a Europa y buscar nuevas ayudas; a finales de agosto de 1871 está de nuevo en Francia, después de haber establecido o tratado de establecer relaciones de alianza o, cuando menos, de no beligerancia con Argentina.

Esta vez se trató de una pequeña guerra de verdad, vivida y conducida además con la habitual exaltación que deforma lo que habría podido ser una pequeña pero real guerrilla revolucionaria de un pueblo oprimido en una farsa irreal, aunque no por ello menos dolorosa y sanguinaria. En París, el rey vive en la calle Lafayette; el trono en el que se sienta para recibir el homenaje de los visitantes –un número impreciso entre cero y poco más– es una poltrona que también le sirve de cama. Algunos periódicos escriben que se mantiene con la venta de títulos nobiliarios y condecoraciones, y de pronunciar conferencias ante un público exiguo. Una delegación latinoamericana le ofrece un alojamiento modesto pero más digno. El 8 de septiembre de 1875 instituye la orden real de la Constelación del Sur y, a comienzos de 1876, organiza, con la ayuda de quien pronto será su sucesor, otra expedición, otro intento de volver a su reino.

Viaje desafortunado, banqueros que lo subvencionan y lo abandonan, disfraces, marineros que se amotinan y le roban; el capitán del puerto de Montevideo, donde desembarca, ordena el arresto no de los ladrones, sino de los robados, él incluido. Poco

después logrará, escondiéndose en un barco de vela, llegar a Buenos Aires y continuar solo, cabalgando por la Pampa, afrontando percances y accidentes de diversa índole, incluso muy graves, para entrar por fin en su reino, donde, una vez formado un Consejo secreto, decide ofrecer la isla grande de Choele Choel, en Río Negro, a Argentina, con la condición de que la isla misma sirva como estación de paso.

Muy pronto, Aurelio-Antoine I cae enfermo, probablemente de cáncer, y se somete a una operación muy dolorosa; desmejorado y cada vez más débil, rechaza operarse por segunda vez. De vuelta en Francia, extenuado por la enfermedad, sobrevive gracias a pequeñas ayudas de la Cámara de Abogados de Francia, a las modestas donaciones que le ofrecían algunos periódicos, que, aunque fueron sus sarcásticos e incluso vulgares enemigos, ahora están conmovidos por su destino, o apelando a la caridad o a la Iglesia, a la que el antiguo masón se acerca cada vez más. Se instala en la casa de un primo suyo carnicero, Jean llamado Adrien, en Tourtoirac, donde morirá después de recibir los sacramentos y donde será enterrado en una vieja tumba familiar abandonada desde hacía mucho tiempo. Su muerte –«muerte de Antonio de Tounens, exrey de Araucanía y Patagonia»– se inscribe en el registro civil de Tourtoirac. Antes de morir, aún tiene tiempo de nombrar a su sucesor, Achille Laviarde, brillante oficial que ya era su «lugarteniente general» y que sube al trono con el nombre de Aquiles I.

No se sabe si este último estuvo alguna vez en la Araucanía. Lo cierto es que ejerció su papel de soberano con todas sus prerrogativas, pidió ayuda a las grandes potencias cuando Chile ocupó el puerto de Antofagasta, visitó Italia e Inglaterra e interesó en la causa araucana a los nombres más importantes de la cultura y la literatura francesas, al igual que harán a su vez sus sucesores, en particular la reina Laura Teresa, amiga de Verlaine y de De Banville. Cuando, en la Segunda Guerra Mundial, los alemanes entren en París, un secretario quemará el archivo de la Casa Real, y el rey, Jaime Antonio III, casado varias veces y divorciado sin hijos, será juzgado al terminar el conflicto por su adhesión al Gobierno de

Vichy. Cuando, ya anciano, sale de la cárcel, vivirá en soledad en una pequeña casa construida con sus propias manos en la periferia de París y, antes de morir, abdicará formalmente del trono y de su derecho a la sucesión. El último heredero de cierta notoriedad es Philippe, príncipe de la Araucanía, autor de una detallada y participativa biografía del fundador y sus sucesores; los retratos muestran a un caballero que lleva la paradójica herencia con gran equilibrio, como si fuera una condecoración en el frac.

Desde 2018, el sucesor oficial de Aurelio-Antoine I es un estudioso de heráldica, Frédéric Luz; en el Consejo del Reino se sientan algunos mapuches como Reynaldo Mariqueo, director de la ONG Auspice Stella, a través de la cual la «Casa Real» de la Araucanía, impugnada por otros dos pretendientes a la corona, proclama la ayuda material y política a la causa de los mapuches, a quienes, por otra parte, la presidenta Michelle Bachelet pidió públicamente perdón por las injusticias y violencias cometidas contra ellos. Pero, a pesar de los sucesores o de los pretendidos sucesores –destinados a degradar a kitsch de opereta la concreta y también heroica aunque grotesca aventura del abogado de Périgueux–, rey de Araucanía y Patagonia solo puede haber uno, el primer y último gobernante de una aventura real.

En su recuerdo, la memoria de Aurelio-Antoine I, al que la ciudad de Tourtoirac revive cada año, en agosto, en una fiesta de conmemoración. A él, al intrépido y surrealista ballet de su vida, dedicó Carlos Sorín su filme *La película del rey* (1986); es a él a quien Georges Campana y Stéphane Kurc revivieron en el telefilme *Le Roi de Patagonie* (1990) y, en torno a los jirones de su vida, el director chileno Niles Atallah realiza su convulsa película *Rey* en 2017. Tras sus huellas se han aventurado historiadores y narradores como François Gareyte; es a él a quien Saint-Loup y Jean Raspail recrearon en sus novelas, *Le roi blanc des Patagons* (1950) y *Moi, Antoine de Tounens, roi de Patagonie* (1981). En la tumba de sus sucesores, difícilmente colocará alguien un busto como el que le dedicó el Ayuntamiento de Tourtoirac en julio de 1937, o una urna llena de tierra traída de la Araucanía y depositada sobre su sepulcro por André Maurois, de la Académie Française, en 1960.

Su locura merece honores militares; es ridícula, en efecto, como cualquier locura –*Don Quijote* también es una obra maestra del humor–, pero su desafío atraviesa, como en un duelo, la obtusa y cruel coraza de la llamada realidad y repercute en esta última. Gracias también a Aurelio-Antoine I, la tragedia de los mapuches ha entrado, aunque sea mínimamente, en la conciencia del mundo. Esa locura es más humana –y por tanto más racionalque la violencia y los cálculos de la «confabulación de los malvados», como los llamaba Michelstaedter. El perdón pedido por un presidente o una presidenta a una comunidad atormentada no cambia mucho las cosas, pero al menos muestra en la mejilla de los poderosos la huella de una bofetada. Y es un rey, un trágico e indomable rey de broma, el que propinó esa bofetada. Es de Aurelio-Antoine I, y solo puede ser suya, la que la *Guía Michelin* señala como «tumba del rey de la Araucanía».

Monjas y pingüinos

«¿Kasteciaci? ¿Sois pingüinos?», preguntan los onas –o más probablemente los alacalufes, otros indios fueguinos de mar– a sor Angela Vallese y a otras dos hermanas, las tres con su hábito de monja negro y blanco. Ellos, en cambio, le parecen a sor Angela «vestidos como muchos san Juan Bautista».

No son muchos, serán unos cincuenta y hoy ya no queda ninguno. *Prolixitas mortis*, dice la teología; nada es tan prolijo, redundante y repetitivo como la muerte, de hombres, de animales, de continentes e incluso de pueblos, le guste o no a Stalin, que proclamaba que «el pueblo es inmortal». Para sor Angela, la muerte no es ni será nunca prolija; cada muerte es un *hápax legómenon*, una expresión única e irrepetible en la historia del mundo, porque cada individuo es único e irrepetible, y Cristo vino a salvar a todos los individuos, vestido de pelo de camello, como el Bautista, o pintado con tierra ocre y negra mezclada con grasa rancia de ballena y cubierto con un trozo de piel de guanaco, como los fueguinos. Ella intentará enseñarles a lavarse, no porque crea que su olor sea más desagradable que el suyo propio –sabe que, en lo que respecta a los olores, así como también para el color de la piel, los que la tienen blanca se creen mejores que los que la tienen roja o negra, y que los yámanas de la Tierra del Fuego se llaman a sí mismos «hombres», como si los otros no lo fueran–, sino porque lavarse protege o puede proteger de alguna enfermedad grave y ella, dirá expresamente, ha ido allí abajo –¿allí abajo?: el Sur está allí abajo, incluso en un sentido más profundo y terrible de lo que dicen el atlas y el mapamundi–, no solo para salvar sus almas, sino también, quizá sobre todo, sus cuerpos. Algo todavía más difícil, dado que los están destruyendo el frío, el hambre, el alcohol, la dificultad para recoger leña para el fuego, el pampero que sopla gélido y el viento aún más gélido que llega de la Antártida, pero

también los rebaños de ovejas importados por grandes empresas que destruyen su hábitat y sus fuentes de alimentación, y también los nuevos terratenientes, convertidos en tales por la gracia de Dios o del Gobierno, y las grandes sociedades multinacionales. Los guardias de estos propietarios disparan contra los indios sin avisar, y los propietarios –¿también el Gobierno?– pagan una libra por cada par de orejas de indio cortadas. Los yagán o, mejor dicho, yámanas eran tres mil en 1834, veinte años antes de que naciera Angela, y hoy ya no queda ninguno, se extinguieron mientras el reverendo Thomas Bridges elaboraba el diccionario de su lengua, que, como lengua escrita, nace muerta y, en parte, estaba ya muerta, porque muchos indígenas con los que trabajaba el reverendo en el diccionario la habían olvidado. Angela los vería morir poco a poco a puñados, pero no por ello dejaría de luchar contra la muerte, la estúpida muerte cruel. Hombres de las canoas, se les llama también a esos indios, que vivieron y murieron en particular en el archipiélago al sur de la Tierra del Fuego, cerca del canal de Beagle, casi siempre enfurecido.

Onas o alacalufes, los indios pronto se animan ante aquellas mujeres que parecen pingüinos y se les acercan por separado. Comprenden que son madres, madres buenas, como les dijo su acompañante, monseñor Fagnano, el «misionero volador», salesiano, por supuesto, que una vieja fotografía retrata a caballo con las bridas en la mano y el sombrero en la cabeza, un perfecto gaucho a la aventura. No en vano había sido garibaldino y había combatido por la unidad de Italia bajo las banderas del héroe de dos mundos, que lo llamaba «mi hermano pequeño» hasta que, destinado también él a convertirse en un héroe de dos mundos, comprendió que había un «buen combate» paulino más alto, y don Bosco lo envió con la expedición misionera a Sudamérica.

Primero director del colegio de San Nicolás de los Arroyos y luego subdirector del colegio Pío IX de Buenos Aires, Fagnano había tomado el camino del gran Sur, donde dio su nombre a un lago al norte del canal de Beagle, hasta instalarse al frente de la parroquia de Patagones, en la desembocadura del Río Negro. Una parroquia inmensa, donde tendrá que tratar con personas de diferentes

orígenes y confesiones, grupos indios en guerra entre sí, soldados de la sangrienta conquista del Desierto de Rosas, funcionarios, buscadores de oro y aventureros de toda especie. En este Far West, como lo define Miela Fagiolo d'Attilia, biógrafa de sor Angela, el salesiano garibaldino se encuentra en su hábitat, un aventurero *ad maiorem Dei gloriam*, no muy diferente en su audacia picaresca de Martín Fierro, el gaucho forajido del poema homónimo (1872) que gustará a Bergoglio.

Sor Angela había llegado a la Patagonia no mucho antes de que la tomaran por un pingüino, el 20 de enero de 1880. Una imagen divertida y familiar, la del pingüino, de cómic o de animal de trapo o goma para niños, como el pingüino *Marco*, residente durante muchos años en el acuario de Trieste, que correteaba por las salas y se lanzaba de vez en cuando a una de las piscinas, favorito de los visitantes grandes y pequeños. Esta imagen simpática del pingüino es la de los viajeros que cruzan los infiernos helados, pero que regresan a casa antes de convertirse en esfinges de hielo como les ocurre a los personajes de Poe, Verne o Lovecraft. En su obra maestra final, *Horizonte móvil*, Daniele del Giudice se adentra en los lugares de allá abajo –un allá abajo en todos los sentidos, siempre más abajo, siempre aparece otro abismo, blanco y de fondo negro, blanco y negro como los pingüinos–, y al final el viajero volverá a casa, donde no mucho después caerá en otra noche antártica, pero aún no lo sabe. Al comienzo de su viaje, o al menos del relato de su viaje, el desfile de pingüinos que avanzan en la luz crepuscular del verano austral –«el hechizante halo verde»– podría recordar la marcha de una banda de música. «Viajan hacia el sur [...] las aletas natatorias levantadas, el pico sobresale hacia delante, patitas aquí y allá, se equilibran con la cola como un trípode. Su aspecto concentrado y preocupado se me antoja terriblemente cómico y parece decir "Llego tarde, llego tarde", como en el libro de Alicia [...] puntitos temblorosos en la superficie blanca. Después, sin motivo aparente, han trazado una amplia curva y, sin dejar de jadear, han vuelto hacia atrás. [Algunos] salían disparados del agua como un cohete, perfectamente erguidos [...].»

Otros, inquietantes, son los pingüinos que acompañan al que viaja

a los lugares de la nada y permanece allí para siempre, o vuelve cambiado y extraño también él, como quien ha atravesado una locura o un hechizo y se ha convertido en otro, una estatua de nieve, derretida y formada de nuevo, rehecha casi igual, pero solo casi. El pingüino, en estos viajes de quien no vuelve atrás, es una figura infernal, un guardián de tinieblas innombrables que quiere evitar el regreso, como en la novela de Lovecraft *En las montañas de la locura*; evitar la salida de la «zona de atracción del monstruo» (*La esfinge de los hielos*, de Verne), el misterioso y mortal imán de la Antártida, que atrae y absorbe la vida, la deshumaniza llevándola a otras formas de evolución.

Daniele, al contrario que los onas o alacalufes, a diferencia de sor Angela, se da cuenta de que está «antropomorfizando los pingüinos, cosa que me había prometido no hacer». Todavía domina plenamente esa antropomorfización, que en sí misma supone ya el virus de la locura y de la deshumanización, una vorágine en la que no se distingue lo humano de lo que no lo es o lo que lo destruye. Frente a muchos personajes inquietantes que se aventuran en la deslumbrante luz negra antártica, Del Giudice vuelve a casa, quizá como todo verdadero escritor. No son los grandes creadores, Poe, Melville y otros, sino sus criaturas las que no regresan. En cambio, sus creadores sí; si no, también ellos habrían desaparecido, disueltos en lo inhumano o en lo prehumano. Dante atraviesa los círculos del infierno, pero, a diferencia de los condenados, sale a contemplar de nuevo las estrellas. Por el contrario, el regreso de Daniele es un desembarco en las tinieblas que no solo cruza, sino que lleva consigo en su noche y la de todos nosotros que lo amamos y tenemos la sensación de viajar con él en su noche, compañeros torpes y lentos encorvados sobre los remos y rechazados aún –¿hasta cuándo?– por el abismo que se traga a su capitán.

Con su genio, muy grande en sus obras más tardías e inquietantes –por ejemplo, la brillante *Mania–,* Daniele ha captado, al principio de *Horizonte móvil*, este aspecto potencialmente diabólico del pingüino cuando, una noche en el Campamento Cabo Crozier, a 60 ° bajo cero, va con otros a ver la incubación de los huevos de los pingüinos emperador, una tarea reservada a los machos. Uno del grupo,

Jeremy Miller, descubre por accidente que un pingüino había perdido el huevo que debía incubar, estaba avergonzado de ello y se había hecho uno falso con hielo. El hombre y el pingüino, uno conmovido y el otro humillado, se miran y, poco después, en ese día en que es todo noche, Jeremy rompe a llorar, grita, huye a la carrera, desvistiéndose y tirando la ropa al suelo; una crisis que superará al cabo de unos días, pero que revela la perturbación de quien siente que su persona se derrumba.

En el espléndido cuento «El pingüino fantasma», el gran Francisco Coloane evoca una leyenda de los yámanas sobre una caza especial de pingüinos. El hombre se esconde en una grieta de una roca cerca del lugar donde duermen los pingüinos, se camufla y, cuando llega un pingüino a dormir, se le acerca arrastrándose y lo mata mordiéndole el cuello. Pero se trata de un ritual de metamorfosis; el indio se transforma en el pingüino que mata para convertirse en carne para la tribu, pero quien lo come también se transforma en pingüino, en un gran pingüino polar. Tal vez sea un relato de los yámanas sobre su extinción progresiva, que se produce en los años de Angela.

Angela vio con mucho dolor esa extinción progresiva, mientras con las manos, el cerebro y el corazón seguía trabajando para ellos y para todo el resto de la «bendita Tierra del Fuego», como le gustaba repetir, sin permitir que su gran dolor, solidario con el de los nativos, ofuscara la alegría de ayudarlos y de hacer suyo el destino de ellos. Es verdad que a veces la fe mueve montañas, incluso las montañas de la Antártida, la mortal seducción de las tinieblas y de la blancura antártica más cegadora que las tinieblas. En ese blancor de la locura resuena el grito horrible, chirrido animal más que voz humana: «¡Tekeli-li! ¡Tekeli-li!», gritan los feroces indígenas tsalai que dan caza a Gordon Pym y que en *En las montañas de la locura* oyen los alaridos de Danforth y del yo narrador, gritos de gigantescos pájaros voraces en el corazón de esa región maligna o de demoniacos seres de una época infinitamente más antigua que el hombre.

La monja-pingüino piamontesa –Angela había nacido en Lu Monferrato– desafía con tranquila sencillez el enorme misterio de la naturaleza que en aquel extremo de hielo y nada puede aparecer

como una demoniaca negación de lo humano. Su fe, vivida como persona y convertida en su persona, le dice que Dios se hizo hombre, no montaña de hielo. Su aventurera alegría franciscana la lleva a sentir que todas las criaturas, como quiere el Cántico, alaban a Dios y son dignas de alabanza porque en ellas se percibe a Dios: el sol, las estrellas, el aire que se respira, el agua humilde, valiosa y casta, las flores y también la muerte. Pero esta hermana muerte no tiene nada de infernal o de tenebroso, es un elemento de la vida. La Antártida, el hielo, el abismo, los monstruos, las vertiginosas y altisonantes cifras de milenios y milenios congelados no debieron de fascinarla demasiado, seguramente menos que el tinto de la vendimia de la uva freisa en su Monferrato. También puede aceptar divertida que la tomen por un pingüino, pero un pingüino gracioso y no un pájaro infernal. Lo demoniaco le es ajeno, así como le es ajena la naturaleza-esfinge ignorante del hombre, antiquísima y destructiva, su antepasada o su sucesora, inconsciente y desmemoriada.

«Mantener la vida escondida en lo más profundo de sus entrañas es inútil», escribe Coloane: el hombre se lanza hasta allí abajo con el instinto de arrancarlas. Pero también eso sigue siendo la vida, aunque sea feroz; no es la nada de la Antártida, donde Angela es probable que estuviera aburrida, además de aterida, porque a ella le interesaba la vida, no su esqueleto. Para ella, la Tierra del Fuego está bendecida porque existe allí una gran dureza inhóspita, pero también hombres y mujeres, animales, flores encantadoras y emocionantes por su fugacidad. El Señor la enseñó a mirar las flores en los campos, más gloriosos que Salomón, no las montañas lúgubres de piedra oscura.

Es probable que el pingüino fantasma de Coloane y los otros pájaros, a menudo con ojos incluso más malvados que los humanos –cóndores, petreles, albatros–, sean figuras de metamorfosis, presentes en las fantasías de quienes viven en tierras solitarias y heladas que evocan otras eras, glaciaciones o erupciones volcánicas, signos de generaciones más antiguas que el hombre, ajenas a la humanista *dignitas hominis*. Lucrecio, en *De rerum natura*, también evoca, aunque sin creerlo demasiado, las formas monstruosas

anteriores al nacimiento del hombre, seres sin rostro o centauros. Quizá se originen aquí las fantasías de especies antiquísimas o de protohomínidos todavía misteriosamente presentes, como ejemplares únicos, en las tierras patagónicas: por ejemplo, el *yoshil*, más antiguo que el *Australopithecus*, que, según cuenta Chatwin, un indio había visto y matado durante la Gran Guerra, y en cuyo cadáver descubrió un parecido con su propio hermano; el *Homunculus harringtoni*, animales prehistóricos y fabulosos como el dinosaurio o el unicornio del Pleistoceno, pintado, anota Chatwin, cerca del lago Posadas.

Con una maestría poética muy diferente y sin dejarse llevar por ningún horror ni ingenuidad narrativa alguna, Coloane aborda la metamorfosis, la imperceptible transmutación que existe en todas las formas de la vida y cuyos tiempos tienen o pueden tener las más diversas medidas. Por su inteligencia y por su forma de sirénida, quizá la foca sea el animal más fascinante e inquietante, próxima a un estadio intermedio fantástico, como la sirena, una figura del imaginario y del mito relacionado de alguna manera con la foca, por ejemplo a lo largo de las costas adriáticas de Dalmacia. No es sorprendente que haya relatos horribles y verídicos de bestiales masacres y bestiales violencias sexuales llevadas a cabo por marineros sobre focas. En una obra maestra de Coloane, el cuento «Cabo de Hornos», la aventura se desarrolla en la punta extrema que divide la furia de los dos grandes océanos y era el terror de los marineros y capitanes de los barcos, incluso de los «cabohornistas» triestinos de la época dorada, pues así llamaban a quienes lo habían doblado. En la «Tumba del Diablo» de la que habla Coloane, entre las costas occidentales de la Tierra del Fuego, las islas, los islotes y los canales, el viento y la nieve esculpen a golpe de hacha a los hombres llegados a esas tierras inhóspitas, donde también está la penitenciaría de Ushuaia y adonde arriban prófugos de toda calaña, lengua y nacionalidad, y cazadores de focas y de crías de foca, buscadas por su valiosa piel.

Es el relato de una caza salvaje, repulsiva e ineludible como el destino, como la tormenta, como el mar, progenitor de la vida, que ruge en los blancos acantilados y en la cueva oscura, donde muchas

focas están pariendo, casi fundidas por las contracciones en un único gran animal, en un río de donde salen las crías recién nacidas que comienzan a trepar y tropezar con los lomos de su madre, manchadas con la sangre del parto y pronto manchadas con su propia sangre en la masacre al por mayor que, por amor a sus pieles de nieve, las espera en esa cueva fétida o en las accidentadas y encantadoras playas cercanas, una orgía de mazazos.

Metamorfosis, férrea ley de la naturaleza. También esto habrá horrorizado a Angela, tal vez tentada de maldecirla porque es incapaz de calmarla, pero no es culpa suya que el Señor la haya hecho tan pequeña y débil ante la grandeza del mal. Aquellos pequeños cuerpos desgarrados, trozos de carne sanguinolenta, piel arrancada, pelaje blanco sucio y estriado de rojo, pronto se convertirán en pequeños discos de metal y pringosas hojas de papel donde aparecen escritos números y donde sonríen con dignidad los rostros de presidentes o reyes. «In God We Trust», proclaman la hoja de papel y la moneda. Esos números y, por tanto, esos cachorros ponen en la boca de quién sabe quién mate y carne de guanaco, lubinas, el exquisito centollo, alcohol de toda clase y graduación. No es solo el alcohol –aunque tiene su importancia, una gran importancia– lo que salda al final las cuentas y desempeña el papel de némesis. Esta llegará, aunque en vano: pesadillas del *delirium tremens*, la foca que el asesino, delirando, ve que le pare a sus crías en la boca, los cachorros atiborrando a los que los han asesinado, Red Pig, Chancho Colorado, el exterminador escocés de onas observa desde lo alto del acantilado a un grupo de onas que machacan focas en una pequeña ensenada roja de sangre y asesina a los onas, catorce en un día. Hasta el final de su vida bebe, mata y bebe, bebe y mata, por todas partes ve indios con arcos y flechas y sangre, muere delirando en medio de vacas que pastan, como cuenta con gran fuerza Chatwin; muere mientras camina a cuatro patas, pasta la hierba y muge como un toro. Ah, Patagón, pie grande o tal vez bramido, ya lo había dicho Magallanes al lanzar a la fuerza esas tierras, esos mares y esos glaciares a la historia.

Chatwin cita, fielmente, las huellas de aquellos surcos helados y sanguinolentos; Coloane los toca con la mano y los reinventa con la

sencillez y grandeza del arte, con pasión humana y objetividad clásica. El poema se adentra en la oscuridad y en el horror, ese es el territorio de su caminar, pero luego sale a ver las estrellas de nuevo, es el fluir de su canto, si bien es cada vez más difícil de oír, ahogado por tantos «¡Tekeli-li, Tekeli-li!».

Al canto del horror, hermético y monótonamente repetido, Angela parece responder con el *Veni Creator Spiritus*, el más universal de los cantos, como me repetía a menudo, cuando yo era poco más que un niño, Biagio Marin, con lágrimas en los ojos al recordarlo. *Accende lumen sensibus / infunde amorem cordibus*... La cultura de Angela es modesta y limitada, la propia de un seminario para novicias, Hijas de María Auxiliadora, pero parece poseer con espontánea naturalidad una armonía del ser, del corazón, del pensamiento y de la sensibilidad. En ella, todo eso se convierte en determinación femenina, la mujer que piensa en la comida, en la casa, en el bien de quienes viven allí y piensa además en encontrar un sitio para los que no lo tienen. Una Marta evangélica que prepara amorosa la cena para el Señor, mucho más grande que su hermana María, que escucha embobada su palabra, pero no se preocupa de darle de comer ni de apagar su sed y deja que Marta se encargue de eso. También debió de darse cuenta el evangelista, cuando, poco después, hace pronunciar a Marta la más alta profesión de fe en Cristo, más alta incluso que la de Pedro.

Angela tiene seis hermanas, un hermano murió antes de que ella naciera el 8 de enero de 1854, en la humilde casa de vía Maestra, en Lu Monferrato. El padre, sacristán de la iglesia románica de San Nazzaro, con su antiguo baptisterio de madera, vive con su familia como puede, alegre y generoso con los que están peor que él. Por la noche se reúnen en el establo, como hacían mis bisabuelos en Malnisio, en Friuli; el bisabuelo Barba Valentin, sentado en el heno bajo la lámpara, leía *Los misterios de París* o *El conde de Montecristo*. Angela, al hacerse mayor, trabaja como modista, no acepta una propuesta de matrimonio, conoce una pobreza creciente y conoce, una experiencia radical en su vida, a los salesianos y al propio don Bosco, que abre un noviciado precisamente en Lu.

Lu siempre estará en el corazón de Angela y de los demás

misioneros y misioneras, con su gracilidad dirigida hacia arriba, una cometa alta sobre el valle. El rojo Monferrato también es para ella un modelo de humanidad sincera y generosa, que acompañará por todas partes a esas aventureras y aventureros de Dios y, más aún, de lo humano, el amor a la casa natal en el corazón de todo trotamundos, como decía Thomas Mann a propósito del vagabundo de Eichendorff.

Angela y sus hermanas siempre llevarán a la espalda y en su interior la levedad y la fuerza de Lu, que se alza como una garza hacia la montaña o como un albatros hacia el despiadado azul antártico, que se convertirá más tarde en el cielo de Angela. Monferrato, el sabor de las trufas, el de las trufas grises y negras, menos nobles que las blancas de Alba, pero siempre una gran alegría para el paladar y el corazón, como los quesos robiola, el freisa tinto espumoso, «la gloria de las colinas y de las barberas», las cepas piamontesas, el baile de la monferrina, «las alegres muchachas vendimiando el amor».

La limpia claridad de Angela y de las otras monjas, como la de los frailes gauchos, no es renuncia frustrante ni represión puritana. Si más tarde intentan, siempre con respeto, vestir a los yámanas o a los onas desnudos en la Tierra del Fuego, es porque piensan que una piel de guanaco o un tejido mantienen más el calor que la grasa rancia que se untan en la piel, que, además, no es lo mejor para la salud. Angela y las demás, laicamente ajenas a cualquier estúpida ideología del buen salvaje, saben que los indios son «a veces de instintos feroces y brutales»; once años antes de su llegada a la Patagonia, los fueguinos habían agredido y asesinado a ocho fieles que asistían al servicio divino en la iglesia anglicana de Wulaia. Este conocimiento de la violencia inherente a la mentalidad y a las costumbres de todos los hombres no desanima a las monjas, como tampoco desanima a sus compañeros de aventura, del intento concreto y difícil de ser para los indios verdaderos «padre y madre».

Por otra parte, las Hijas de María Auxiliadora saben que, en lo referente a instintos feroces y brutales, los blancos no se quedan atrás: el exterminio de los indios se produce con auténticas masacres, con el alcohol, vanguardia de Occidente, con la

destrucción de las condiciones de vida de los nativos, por ejemplo introduciendo ovejas que arrasan sus campos. Incluso Darwin –que también considera a los nativos fueguinos abyectos y miserables, similares a los orangutanes, y se burla de sus canoas y de sus lenguas mientras intenta, con dificultad, considerarlos sus semejantes– reprueba, en 1831, las atrocidades de los militares y prevé que medio siglo más tarde no quedará ni un solo indígena. Sin embargo, sus comentarios despectivos sobre los onas también contribuyeron a la vergonzosa exhibición de algunos de ellos en la Exposición Universal de París de 1889, donde los encerraron en jaulas como monos u otros animales. EXHIBICIÓN DE CANÍBALES, decía el cartel de la exposición. Fue la enérgica intervención del padre Beauvoir en el consulado chileno lo que consiguió liberarlos. De los diez «ejemplares», como escribe con polémico sarcasmo Miela Fagiolo d'Attilia, seis murieron poco después.

También Darwin era un hijo de su tiempo, hijo de sus antepasados y de los nuestros en la historia de la evolución. En su viaje anota, cuando está en la Tierra del Fuego, que «los indígenas, cuando los acosa el hambre en invierno, matan y devoran a sus mujeres viejas antes que matar a sus perros». Afirmación negada por «un profundo conocedor de la Tierra del Fuego, el profesor Alberto de Agostini», como escribe en una nota el traductor al italiano del *Viaje* de Darwin y gran anglista, Franco Marenco. Muchas cosas que Darwin dice sobre los indios son prejuicios de un caballero victoriano, otras son agudas observaciones, como cuando advierte que el retraso de la civilización de los fueguinos se debe a la perfecta igualdad que reina entre ellos e impide, en ausencia de un líder, crear una sociedad organizada y eficiente. Una visión tal vez no muy democrática, pero que hay que considerar, aunque sea para rebatirla, pero para rebatirla con fundamento y no solo ideológicamente, con un reflejo obligado *politically correct*.

Los nativos, dirá sor Angela con agudeza, deben considerarse al mismo nivel que los civilizadores blancos, no «iguales» a ellos. Frase que lo dice todo; muy pocos han mirado a los indios de esta manera, atentos a la igualdad de derechos de las personas y, al mismo tiempo, a su peculiaridad irrepetible, a su identidad entendida como

un valor. Su forma de ser y actuar lo revela todo; un ejemplo entre muchos, su amistad con Annetta, una niña tehuelche, «hija de un mundo destinado a la derrota», escribe Miela Fagiolo d'Attilia, pero indomable, tierna, inteligente. El rostro ancho de su estirpe, dos largas trenzas negras. Luisa Peña es, en cambio, una ona, a la que encontraron con otras tres niñas en Patagones en enero de 1887; supervivientes de una masacre y con vida de milagro, las salvó un blanco diferente, alto y fuerte, en su caballo, el gaucho monseñor Fagnano, y se las confió a la hermana Angela. Limpia, con ropa distinta, «curiosa y desconfiada», Luisa recibe el apellido del lugar donde la había salvado Fagnano, el cabo Peña. Angela se la lleva con ella a un breve viaje a Italia: la navegación por el Río Negro, la llegada a Buenos Aires, la travesía del océano hasta Génova, el encuentro con don Bosco, el viaje a Roma y su nerviosa confusión en el encuentro con el papa, su crecimiento humano y espiritual, siempre seguida por sor Angela, el regreso a Punta Arenas y su muerte junto a su salvador, monseñor Fagnano. Muerte serena, en la fe, de una mujer joven que había sobrevivido a la muerte de su familia y de su gente.

La incansable obra de salvación de sor Angela, siempre tranquila y vivida como normal, es también un itinerario de viajes y de lugares en los que esta obra se transforma en construcción concreta, institución, fundación de hospitales, escuelas. Por ejemplo, en Carmen de Patagones, en la desembocadura del Río Negro, antigua ciudad donde Angela, en 1880, se encontró con el fervor de inmigrantes de muchas nacionalidades, pocos dormían en las pocas casas y muchos en las cuevas a lo largo del río, similares a las rocas, los *sassi*, de Matera. Escuela de costura, sábanas blancas, no por nada Angela había sido modista; colegios salesianos, taller de zapatería, una banda de música, un antiguo fuerte español convertido en observatorio meteorológico y luego en iglesia, epidemias, medicinas e incluso vacunas adquiridas con dificultad pero con una tenacidad inexorable. Catecismo, burdeles y prostitutas, hacer la colada en el río rompiendo el agua helada con las manos, defendiendo siempre a los últimos entre los últimos, por ejemplo, a los descendientes de los esclavos negros que llegaron

encadenados desde Brasil siglos atrás. Lucha contra la violencia cada vez más desatada de los colonos blancos, colegios religiosos como San José de los Indios y Santa María de las Indias.

Angela y sus hermanas son las monjas de la calle de esa época y de esas tierras violentas y despiadadas, y monjas como las que hoy retrata y sigue con tanta fuerza humana y literaria Mariapia Bonanate. Las aventuras de toda clase –marchas a caballo para llevar comida, mantas, medicinas y mate a los lugares más remotos– no les hacen descuidar en absoluto la oración, la misa, los sacramentos, las prácticas devocionales. Angela y las demás, a caballo, no menos audaces que Martín Fierro, demuestran que vender la capa y comprar una espada, como prescribió Jesús la víspera de su Pasión, no implica por fuerza la «mundanización» del cristianismo y el abandono de la fe y del credo, como muchos años después se achacará a la teología de la liberación en Sudamérica.

A caballo, en barco, en las tormentas del estrecho de Magallanes, cementerio de barcos; al raso en noches heladas sin la manta que ha cedido a una monja más débil; acampadas en los claros del bosque, donde Angela enseña a los araucanos y patagones a curarse las heridas y a santiguarse, sin escandalizarse si al rezar dicen «Madre nuestra» o, si insisten en tocarla, dejándose tocar porque entiende que esa curiosidad suya no tiene que ver con el pudor y con su defensa; trata de evitarles el olor del incienso, porque comprende que para ellos es como el hedor a aceite de ballena podrido para ella y sus hermanas. No se escandaliza si los indios andan poco vestidos y si las indias, cuando el tiempo lo permite, acuden desnudas a pedir galletas. Es un poco más difícil cuando los yámanas y alacalufes matan a un misionero en una incursión.

Otro viaje a Turín y a Roma, adonde se acerca por los funerales de don Bosco, se reúne con el papa León XIII, y rápido regreso. Punta Arenas, ciudad de balleneros, de prisioneros forzados de la colonia penitenciaria, de aserraderos y depósitos de carbón, de vidas perdidas en una bebida o en un naufragio, de buscadores de oro de camino a California. Masacres de onas, de alacalufes, de yámanas; Río Gallegos, la misión de la Candelaria y don Fagnano, que funda una Sociedad de Mutuo Socorro especialmente para los indios.

¿Cómo habrá explicado a estos últimos el estatuto y el reglamento de la sociedad? El *Piccolo Dizionario dell' Idioma fuegino Ona* aparecerá en 1915, pero en la Escuela de la Misión de la Candelaria los yámanas aprenden español, que hablarán por poco tiempo porque se extinguirán pronto, un poco antes de que salga el diccionario de su idioma, el *Yamana-English Dictionary*, compilado durante años y años de trabajo por el reverendo Thomas Bridges hasta su muerte en 1898 y publicado en 1933 por Hestermann. Alrededor de 30.000-32.000 palabras, que ya nunca serán pronunciadas porque quienes las usaban ya no existen. En el diccionario de la lengua ona, por otro lado, no estaba y nunca ha estado la palabra *abuelo*, porque, dada la brevedad de la media de edad, nadie llegaba a conocer al padre del propio padre o al hijo del propio hijo.

El reverendo no pretende comprender la religión de los yámanas a través de su lengua, consciente como es de la extrema complicación, pero también de la creatividad de ese idioma. Chatwin, cuya inagotable curiosidad se detiene de forma especialmente intensa en estos avatares de vida y palabras, siente ese lenguaje como una especie de red de navegación, en la que los nombres son como los palos en las aguas de las lagunas que señalan la ruta a las embarcaciones para que no acaben en un banco de arena. *Monotonía* se dice «ausencia de amigos», *depresión* se expresa, subraya Chatwin, con la palabra que describe la etapa más difícil del ciclo estacional del cangrejo, *aguanieve* se dice «escamas de pescado». Incluso existe, prosigue Chatwin con la ayuda del enorme trabajo del reverendo, un verbo para cada contracción de los músculos. La relación con lo divino es el ansia de buen tiempo; «Gracias, Padre Mío, gracias, Buen Viejo, has sido benevolente y nos has regalado buen tiempo», dice una oración yámana recogida por Wilhelm Koppers y recuperada por Bernhard Lang, una invocación en la que quizá haya un eco de la divinidad cuaternaria mapuche.

Sor Angela, en efecto, enseña algunas oraciones, pero se ocupa sobre todo del uno y del otro, pueblo o individuo, que aprende a confiar en sus manos. Tal vez le disgustara que los tehuelches enterrasen a sus muertos matando sobre la tumba de cada uno a su

caballo; le disgustaría porque amaba los caballos y no amaba la muerte, pero quizá llegara a comprender ese rito de sangre, porque implicaba el viaje ultraterreno de cada tehuelche con su caballo y, sobre todo, implicaba un concepto suyo que no podía dejar de apreciar, esto es, que la vida continúa después de la muerte, «en consonancia con la conducta en la tierra». Los alacalufes, además, creían en un juicio después de la muerte y en un destino individual *post mortem* condicionado por el comportamiento en vida. El rojo del sol que muere, estaba escrito, es el rojo del sol que surge al otro lado de la tierra. ¿Muerte como ocaso, que también es amanecer? Pensamientos demasiado retorcidos para ella. Más bien estaba contenta de que los alacalufes, en lugar de matar al caballo del fallecido, colocaran el cuerpo de este último junto a su tienda y su canoa, en el hueco de un árbol, espléndida tumba.

Quién sabe lo que pensaba o habría pensado de la tradición de los onas, un matriarcado antiquísimo y cruel, un poder de las mujeres, que atendían las necesidades materiales de los hombres, a los que, sin embargo, dominaban sin piedad y castigaban con la muerte por cualquier desobediencia, hasta que los hombres se rebelaron y masacraron a todas las mujeres adultas, salvando solo a las niñas y adoptando el arte femenino del poder, ejercido también con terror psicológico y con sugerencias de misterio y de muerte. Pero la mayor dificultad era, y lo sería siempre, sobrevivir, no tanto a las mujeres ni al remotísimo diluvio del que hablaba una memoria milenaria, como a las masacres perpetradas por los blancos y al hambre al que los blancos condujeron a los indios, al importar millones de ovejas que devoraban todo aquello que había en sus campos y de lo que siempre se habían alimentado.

¡Oh, bendita Tierra del Fuego!, repite sor Angela. Es increíble su alegría de vivir, nunca apagada por las dificultades, por los obstáculos, por situaciones dramáticas de todo tipo. En su hábito de monja salesiana hay un alma franciscana, llena de alegría y entusiasmo –el «júbilo prometido» de que habla la teología–, un cántico de alabanza y agradecimiento. No hay ingenuidad ni candor inexperto; ha visto y ve demasiada sangre y demasiado horror para hacerse ilusiones sobre la bondad del hombre y de lo creado. Pero

no está desconcertada por el mal, piensa que el Padre Eterno también debe asumir sus responsabilidades y está segura de que lo hará. Sentirá cierta contrariedad cuando vea que, en la isla Dawson, donde fue tomada por un pingüino, los alacalufes tienen una alergia invencible al beso y, en la iglesia, cuando se les acerca el crucifijo, no lo besan, sino que lo lamen o lo mordisquean. Tal vez a ella le gustara el habla de ellos, «similar a un canto en voz baja», como dirán los antropólogos, un estadio expresivo cercano a los orígenes, una lengua con una musicalidad similar a la de una cantilena. Quién sabe si conoció los nombres que los onas daban a las estrellas, a las constelaciones, historias escritas en las luces de la noche. En cambio, es improbable que, a diferencia de don Juan Benigar algunos lustros más tarde, pudiera interesarle conocer que el grupo sanguíneo de los tehuelches y de los onas era el mismo que el de los mapuches y el de los pieles rojas norteamericanos, mientras que el de los yámanas y de los alacalufes era el mismo que el de los polinesios y el de los aborígenes australianos. A su fe no le importa la historia de la evolución, sino la historia de la salvación.

¡Oh, bendita Tierra del Fuego! Parece que vemos a Angela mirando a su alrededor con alegría. Bendita también por lo que ella misma hace por esa tierra no menos suya que Lu Monferrato, para calmarle los dolores y luchar contra las injusticias, curarle las heridas, desafiar los miedos que llegan de las montañas y de las olas y aún más de los hombres. Angela, envidiable, no conoció el miedo, el más terrible de los tiranos.

Angela, sin duda, aprendió a amar esa tierra que daba sentido a su vida mientras la recorría, sentía el olor del bosque y observaba el vuelo de los cormoranes, veía a las mujeres que, mal protegidas de la nieve, amamantaban a sus recién nacidos o al cóndor que, casi inmóvil, daba vueltas en el cielo. Una tierra de hielos sin seres humanos puede ser admirada por su belleza abstracta y perfecta, pero difícilmente amada, que significa deseada, gozada. La bendita Tierra del Fuego es la última Thule, en la que todavía pueden existir el amor y la simpatía; más allá está la Antártida, el «Final, el Océano, la Nada», como dice Pascoli en su espléndido poema *Alexandros*.

Tierra del Fuego, bendita para Angela incluso en su áspera desolación, necesariamente incluye la vida dura e inhóspita, pero, con todo, siempre vida, sobre todo vida humana. Vida que, cada vez más rigurosa, existe en las islas cercanas, en la isla Dawson, donde Angela enseña a los nativos a quitarse los piojos y a no comérselos, a ponerse la chaqueta –confeccionada por las monjas, como todas las demás prendas de vestir–, sobre la camisa y no al revés. Florecimiento, entre esas escarpadas rocas, de una feminidad nueva y diversa, no hostil ni arrogante, sino solidaria con otras formas de ser mujer. En todo caso, monseñor Fagnano, que sabe ayudar a su mundo porque sabe lo que es el mundo, recomienda hablar y negociar con los alacalufes teniéndolos siempre de frente y nunca a la espalda.

Viajes continuos entre Punta Arenas y Dawson y otras islas indicadas por medio de señales de fuego de los onas. Eso, para Angela y para gente como ella, es realmente la frontera, *hic sunt leones*, porque son los confines de lo humano. Las islas desiertas de las aguas antárticas que se extienden inmensas más al sur no son para ella ni para sus hermanas. No porque les tenga miedo –la fe ha expulsado ese terrible parásito de su alma y mente–, sino porque allí no hay nadie, ni almas ni cuerpos, nadie que encontrar, ayudar, conocer. Los millones de años congelados en el hielo no le dicen nada.

En la Thule que comienza al sudeste del cabo de Hornos hay solo montañas oscuras y tierra gélida, algunas piedras que indican la muerte de alguien. Laurie, una de las Orcadas del Sur; el mecánico jefe Ramsay está enterrado en la montaña de la estrecha franja de tierra entre Sheila Cove y Wilton Bay. Murió el 6 de agosto de 1903; su asistente Kerr, recuerda Judith Schalansky en su fascinante libro *Atlas de islas remotas* (2009), lleva el *kilt* y toca el lamento fúnebre escocés que habla de las chicas que lloran al anochecer las marchitas flores del bosque. Isla Decepción, al sur del cabo de Hornos, atraque difícil. Fue Salgari, en *La estrella de la Araucania*, quien captó la inmensa realidad de una tierra que, por supuesto, nunca había visto y nunca vería, la recogida de miles y miles de toneladas de guano, los icebergs que se acercan gigantescos y

amenazadores como una flota enemiga al *Quiqua*, el ballenero capitaneado por el intrépido Piotre; icebergs altos como montañas, rematados con torres como castillos, que de vez en cuando se derrumban con gran estruendo, cúpulas y bastiones tachonados de enormes gemas que enciende el sol poniente, zafiros, esmeraldas, amatistas, una flotante Los Césares que de vez en cuando se hunde en el mar. Ingenua pero poderosa evocación de la mágica ciudad de oro y diamantes, retratada, como es debido, por alguien que nunca la vio y no solo porque no existiera. «¡Reinos de arriba! ¡De altos El Dorado / puertas mal cerradas!», dice un famoso poema de Montale.

En la isla, el volcán dormita junto a la bahía de los cazadores de ballenas; los cañones del barco disparan arpones con cargas explosivas que se clavan en el lomo de los grandes mamíferos, especialmente en las preciadas ballenas azules. Seis al día. ¿Demasiadas? La mercancía, incluso la carne de nuestro hermano Abel, se deprecia si hay mucha, un problema para todos. Nuestro hermano Caín, al menos, puede andar por ahí gracias al visado impreso o grabado en su frente, para otros es más difícil. Las calderas para cocer la carne de las ballenas. ¿Qué podría hacer una pequeña monja, aunque fuera temeraria y desenvuelta, por aquellas ballenas y por todos aquellos hombres y aquellas mujeres, bastantes más de seis al día? Marie Betsy Rasmussen fue la primera mujer que llegó a la Antártida para cocinar pescado y servir grog a los balleneros; a Angela no se le habría ocurrido competir con ella y es probable que no se emocionara con la carrera entre Scott y Amundsen para llegar el primero al Polo Sur, ¿qué importancia tiene terminar primero o segundo?

Angela también vivía entre grandes montañas yermas y pardas, como el Ulises de Dante, pero la suya nunca fue *curiositas* o solo *curiositas*, encendidas ansias de conocimiento solo por deseo de conocimiento, afán de *omnia experiri*, de superar impíamente todos los límites, *hybris* condenada por la ética medieval. La suya siempre ha sido *studiositas*, *studium* o amor como dice la palabra latina, conocimiento impregnado de amor. Dejó Lu Monferrato y cruzó el océano no para espiar, conquistar, dominar, como casi todos antes y después de ella, conquistadores, exploradores, científicos,

propietarios de ganado, de tierras y de minas robadas a otros, los matones de Fausto que en el poema de Goethe acaban con Filemón y Baucis, el feliz matrimonio de ancianos, para arrebatarles un pequeño pedazo de tierra que obstaculiza la gran expansión económica.

La isla Pedro I, Ostrow Petra I, la más meridional de todas las islas al sur del cabo de Hornos. El 12 de enero de 1927, Lars Christensen de Sandefjord, constructor naval y cónsul noruego, parte de Isla Decepción con su barco ballenero *SS ODD I* y cinco días después llega a Pedro I, isla perteneciente a Rusia y que nunca nadie había pisado por las grandes dificultades para atracar. Arena oscura, escribe Judith Schalansky, un volcán quizá apagado, quizá inactivo. Infierno y Terror, *Erebus* y *Terror*, se llaman los dos barcos de guerra que el capitán James Clark Ross ancla en una bahía profunda y blanca, formada enteramente por lava y desprovista de vegetación. El capitán Ross surca en una pequeña barca de remos la alta y furiosa resaca, y salta a tierra, tierra por decirlo de alguna forma, porque esas paredes negras y rojizas de estrías blancas, fuego antiguo extinguido y congelado, pueden hacer pensar en cualquier cosa excepto en todo lo que se asocia con la cálida y maternal palabra *tierra*. Ross bautiza esa isla extrema, inútil propiedad inglesa, como Isla Franklin en honor a sir John Franklin, héroe de Trafalgar y gobernador de la Tierra de Van Diemen, o sea, Tasmania, y del infierno de su horrenda penitenciaría de Port Arthur, uno de los infiernos más aterradores de la historia, que Franklin intentó hacer menos inhumano, en la medida de lo posible. Gran navegante y explorador polar, sir John Franklin más tarde desaparecerá para siempre en el hielo durante su búsqueda del Paso del Noroeste, obsesión de otro universo de hielo, en este caso ártico.

Es una lástima que, además de otras y más evidentes razones, los desajustes temporales no permitieran que sir John conociera a sor Angela. Sin duda le habría gustado la mezcla de osadía y bondad de la monja, su inflexible defensa de la dignidad, por supuesto la suya, pero también la de todos y cada uno, la unión de orgullo y respeto. Podría haberle recordado a su Bessie Smith –nombre también de una célebre cantante de jazz–, que llegó a Tasmania con una

condena de siete años a trabajos forzados por haber estrellado una tarta en la cara del propietario de la pastelería donde trabajaba en Londres como pinche –que le había levantado la mano para golpearla y violarla– y por haber hecho lo mismo durante la travesía, en el barco que la llevaba al penal, con el cirujano de la nave, John Hamett, que también quería violarla y a quien había roto un velón en la cabeza. Incluso en el infierno de la penitenciaría había conservado su orgullo y había ayudado a sus compañeros a defender el suyo, hasta que sir John Franklin lo notó y la destinó a trabajar en la cocina, donde preparaba recetas y platos sabrosos, una auténtica alegría culinaria; manos de mujer que ya no necesitan defenderse y pueden hacer la masa en paz, plegar el hojaldre, espolvorear la sal, triturar, mezclar, dosificar, servir en el plato. Inventar recetas, canguro al vapor, salsas de ostras, sopas de pescado y caldos, tartas; tiempos de cocción, manos que no tienen ya necesidad de golpear y pueden dedicarse a la ternura; uno de sus cuadernillos de recetas, que encontré hace más de veinte años en una tienda en Hobart Town, en Tasmania, es un verdadero librito de poesía, poesía de la vida cotidiana.

Bessie, la cocinera, y sir John, el intrépido navegante. Y Angela... Por suerte, la literatura, como escribió Borges, no teme demasiado los anacronismos y puede hacer que se encuentren personajes que pertenecen a tiempos diferentes, como un actor que irrumpe en el escenario directamente desde su camerino.

Esas islas, tan remotas que es como si no existieran, esos desiertos de mar y hielo no pueden constituir una «bendita Tierra del Fuego»; entre ellos y en ellos no hay lugar, ni siquiera imaginario, para sor Angela, porque no hay lugar para nadie y, sobre todo, no hay nadie, falta, y no puede dejar de faltar, lo humano.

A sor Angela nunca se le había pasado por la cabeza ir a la Antártida, quizá en parte porque no le atraía la idea de estar boca abajo como los lémures o los murciélagos, pero, sobre todo, porque en realidad, allá abajo, alguien como ella no habría sabido qué hacer. Por supuesto, ella sabe que ni siquiera en la Antártida se

camina boca abajo, como un soldadito de plomo pegado del revés en la parte inferior del globo terráqueo que está sobre la mesa. Pero no es lo mismo si, sentados a la mesa, se le da la vuelta al globo, de modo que debajo quede el círculo donde está escrito MAR ÁRTICO y POLO NORTE, o si se camina por la Tierra de Graham como Daniele del Giudice. En el espacio infinito, o que parece infinito, es más fácil, más instintivo, entender que no hay un arriba ni un abajo, que la luna no está encima de nuestra cabeza cuando alzamos la mirada. Más allá de las ilusiones sensoriales del arriba y del abajo, y de su disolución científica, la Antártida parece ser, para el imaginario humano, no una antípoda con respecto a la otra, sino el abajo por antonomasia, el Averno blanco, el No Absoluto; lo profundo, el precipicio en el que se cae, un «abajo» metafísico en el que se precipitan el tiempo y la vida, los años, los siglos, los miles de milenios. Se va en busca del pasado descendiendo allí abajo, en el hondo pozo del pasado que narra Thomas Mann, y este tiempo, que en sí mismo no debería tener nada que ver ni con arriba ni con abajo, parece haber descendido allí, haberse desplomado en la parte inferior, abajo, en un abismo.

También esto es una fata morgana, como la que crean las auroras australes, espejismos creados por el viento solar cargado de partículas subatómicas: si centellea el púrpura es nitrógeno, si es un rojo que se filtra en el verde es oxígeno. Daniele del Giudice parece captar con sensibilidad, con la punta de los dedos congelados dentro de los guantes y la retina salpicada por los copos de nieve en las gafas, vibraciones imperceptibles y colosales de luz y color, la «convergencia en los polos de las líneas de fuerza magnética». Pero el «allá abajo» del tiempo –y de todas las cosas que el tiempo se ha llevado consigo en su hundimiento– no es una metáfora poética. La historia –el pasado, el tiempo– está escrita en el hielo. Los llamados cilindros de hielo que se pueden extraer de las profundidades son archivos cósmicos de hace un millón de años, nueve ciclos de glaciación incluidos y documentados, legibles. También su lectura empuja hacia abajo. La experiencia cognitiva es un descenso, como el que se produce en el «Maelström» en la obra maestra homónima de Edgar Allan Poe.

Es un conocimiento que se descubre hundiéndose, descendiendo; un conocimiento que envejece a quienes lo experimentan. *Mare Tenebrarum*: pero en el Sur esas tinieblas blancas que se dilatan son un pozo submarino muy profundo. La ley y el ritmo de la vida son un único vórtice; cielo de brea que se rompe en un desgarrón circular de azul luminoso y mortal, tiempo que se detiene como el reloj. El abismo succiona incontenible, el barco se hunde en un embudo de paredes lisas que giran vertiginosas y centelleantes. En otro cuento de Poe, «Manuscrito hallado en una botella», el surrealista naufragio consiste en que el barco se hunde hacia el fondo, pero también es impulsado hacia arriba, en una continua alternancia de dos fuerzas en las que la materia se adelgaza gradualmente hasta quedar privada de partículas, no molecular, comprimida y unificada: tal vez sea Dios, tal vez sea el pensamiento o tal vez una percepción sin órganos de las cosas.

Todo esto sucede o se puede imaginar cuando el abajo no es solo un complemento que refleja el arriba, sino que se percibe como un abajo absoluto. La Antártida es la tierra de los excesos, el 10,7 por ciento de toda la Tierra consiste solo en agua y hielo, una capa de hielo con un espesor de entre una y tres millas.

La Antártida es el Antichthon de los antiguos; el antimundo, el reverso de todo cosmos o de todo mundo ordenado. ¿Podrían los dedos de sor Angela lavar o al menos decolorar un poco toda sombra infernal de la Tierra de Satanás –así llamaron a la Tierra del Fuego, antesala del mundo que ya no es mundo, sino caos–, sumergirse en la fresca nieve como en el agua bendita, para rociarla como un bautismo sobre el mundo?

Los mensajeros entre Antichthon y las últimas tierras de los hombres –Tierra del Fuego, Isla Desolación– son mensajeros alados. Petreles gigantes, grandes albatros de penacho negro, pingüinos enormes. El viaje en la vida es nieve y bruma, «hielo hasta lo alto del palo mayor», se dice en *La balada del viejo marinero*. Pájaros de un blanco lívido emergen del velo de viento y nieve gritando, sol inyectado de sangre, cielo y mar pesados como plomo, bonanzas y huracanes igualmente mortales, tripulaciones de muertos que son, a la vez, jueces. Reino del blanco, color de la muerte y de la inquietud,

como contó Melville para siempre. Color del miedo para los indígenas tsalai de Poe, de la absoluta negación también en *La esfinge de los hielos* de Verne o *En las montañas de la locura* de Lovecraft. En el *Gordon Pym,* el terror al blanco de los indígenas tsalai es la salvación del protagonista y de su amigo, los libra de la muerte porque obstaculiza la furia de sus perseguidores. Pero el blanco inspira siempre miedo; incluso cuando parece anunciar una salvación terrible, como la gran y nívea figura sobrehumana que parece librar a Gordon Pym y su amigo de ser tragados por el abismo donde cae la catarata que los arrastra.

En *La esfinge de los hielos*, el monstruo que aprisiona para siempre es el monstruoso imán, el campo magnético que ata a sí, en un eterno abrazo mortal, cuerpos, objetos y recuerdos encadenados para siempre. Las historias, las cosas, los destinos bloqueados por la Gorgona centrípeta, imán que reduce toda vida, todo pensamiento, todo sentimiento a limaduras de hierro desmenuzado y pegado a la roca para la eternidad. La vida es una escritura indeleble y abominable, similar a las figuras que Gordon Pym y Peters encuentran en las paredes de la cueva, grabados que se asemejan a caracteres alfabéticos desconocidos. También la escritura es hielo que bloquea y por lo tanto conserva, pero también mata las historias que cuenta, arabescos dibujados por la escarcha en el cristal, indelebles porque se han transformado en muerte.

Lo mismo ocurre con los estratos de antiquísimas eras geológicas, glaciaciones, deshielos, sedimentos de inimaginables diluvios, pero también de pequeñas historias de marineros y exploradores ateridos, rígidos como los trozos de papel en sus bolsillos garabateados de forma ilegible, actos de muerte timbrados para la eternidad. Un trozo de uña arrugada y corroída, pegada a los papeles como un sello. Una vida, un amor, un siglo, la migración de un pueblo..., solo un rasguño, una incrustación en una roca helada. Tal vez sea esa la contradicción insoluble de la muerte de Gordon Pym y del cuento que la narra y que, a su vez, se interrumpe por ella, como han visto Gerald Kennedy y Francesco Binni.

Pym muere, quizá en la catarata del Polo Sur, cuenta diez años más tarde su muerte y muere mientras la está contando. El genio de

Poe hace sentir como una verdad épica la negación misma de la historia, Penélope narra en la tela que ella misma deshace la historia de su tejer y destejer. Millones de años cristalizados en el cilindro de hielo, conglomerados que no tienen verdad ni falsificación, la vida como cuaderno de notas de sí misma, archivo de una historia prehumana e inhumana.

El espacio es grande, tanto mayor cuanto más vacío y deshabitado. Son 13.777.000 kilómetros cuadrados, una masa de hielos flotantes de 931.000 kilómetros cuadrados; en el mar de Ross, la meseta helada es más grande que Italia, 20 millones de kilómetros cúbicos de hielo cubren el continente blanco, un gigantesco iceberg de cientos y cientos de kilómetros. La Antártida es también el inmenso contenedor de la basura que pone en circulación el mundo, escribe Daniele del Giudice, el escritor que, desafiando a Poe, Verne o Lovecraft, logra contar la Antártida como una odisea al límite extremo de la nada y la muerte, pero siempre en la vida. La grandeza de *Horizonte móvil* es esa humanidad puesta temerariamente en riesgo con irónica calma.

El hielo antártico, explica a Daniele el científico chino Xie Zichu, que trabaja en una de las bases, rechaza en particular la luz intensa y se condena a ser hielo para siempre. El albedo es la potencia reflectora de ese espejo de millones de kilómetros cuadrados de blanco absoluto, insostenible. Se podría reconstruir esta historia inhumana estrato a estrato, antes y después de la última glaciación, «perforar el casquete con una barrena térmica de modo que se llegue más lejos que cualquier excavación precedente, a 4.000 m de profundidad en el hielo, 500.000 años atrás en el tiempo». Los números y ceros de las cifras geológicas saltan como en un bingo incontenible.

Lo que atrae a Lovecraft a esos abismos temporales, que se pueden coger con la mano como guijarros y que succionan a los hombres, es la metamorfosis total, el encuentro no con antiquísimos ancestros en la historia de la evolución, sino con completos extraños, con un no-hombre, el monstruoso fósil de forma cilíndrica, criatura que es «un objeto arcaico», como más adelante los Antiguos con cabeza de estrella, llegados probablemente de otros universos, o

como sus esclavos rebeldes, los Shoggoth, «protoplasmas informes capaces de imitar y reflejar todas las formas... Aglutinación viscosa de células burbujeantes, esferoides gomosos...». Cuando la angustia blanca de Melville –evocada y narrada, como corresponde a los grandes escritores, y no descrita ni subrayada de modo efectista– da paso a la redundante sugestión del horror, se disuelve también el miedo; hasta el inquietante blanco de la Antártida se convierte en un accesorio o en un material de escena. A veces incluso grotesco, como la idea –sobre la que ironiza Daniele, pero que otros toman en serio–, de extraer la enorme cantidad de agua dulce contenida en los icebergs y en las grietas de la Antártida, un verdadero océano de agua potable suficiente para cinco mil millones de personas, y después ir a venderla a África, cuidándose de que no se caliente demasiado mientras viaja por las aguas de los mares tropicales.

Cuesta imaginar a sor Angela en este reino de la hipérbole, donde el blanco se convierte en albedo, los años se vuelven miles y miles de siglos, un énfasis que, sin embargo, dura poco, porque los ceros, de más o de menos, ya no tienen mucha importancia, ni siquiera nos damos cuenta. La historia que nos importa es la que de alguna manera tiene que ver con nuestros abuelos y bisabuelos y descendientes, más que con la del *Aegyptopithecus* del Oligoceno, que vivió, año más año menos, hace treinta y tres o treinta y cuatro millones de años en la cuenca del Fayún, en Egipto. Si alguien, dijo Borges una vez, afirma que mi madre era una puta, lo desafío a un duelo; si dice que mi abuela lo era, le doy una buena bofetada, y así sucesivamente, hasta que lo diga de una de mis tatarabuelas: entonces puede que reaccione porque así debe ser, pero tal vez con un sentimiento de curiosidad e incluso de simpatía por mi antepasada aventurera. Cobardía o banalidad de la memoria y del egoísmo, incapaces de tener siempre presentes los sufrimientos y las injusticias sufridas por todos los hombres incluso muy distantes en el tiempo y en el espacio, presente doloroso de la sangre de Abel que sigue fluyendo, muy antigua y siempre fresca. Sor Angela, en cambio, sabe bien, quizá no siempre de forma muy consciente, que todo sucede siempre y sigue sucediendo siempre, el llanto del recién nacido en Belén y el grito en el Gólgota.

El blanco horror antártico es sobre todo la irresistible fuerza de gravedad que arrastra hacia abajo, a un abajo que no es una expresión convencional de la experiencia sensible, como el arriba de la luna sobre nuestras cabezas, sino que es el abajo metafísico, absoluto. El abismo que se abre bajo el barco de Gordon Pym al final –casi final, porque la nota (in) conclusiva continúa y niega precisamente ese finales la catarata que trata de sumergir en el abismo a los tres, Gordon Pym, su amigo Peters y el cadáver todavía caliente de Nu-Nu, el indígena tsalai. Pero la caída se detiene, como una película que, de pronto, la gigantesca y blanquísima figura velada interrumpe y fija en un único fotograma. Detenidos para la eternidad y siempre a punto de precipitarse.

En el final de la novela de Verne, reelaboración y continuación de la de Poe, un viento mortal arranca de la ropa, de los bolsillos, del barco, de todo, los objetos de hierro o con partes de hierro, fusiles, pistolas, cuchillos, hornillos, quillas, herramientas de todo tipo y al propio Gordon Pym, a quien encuentran muerto desde quién sabe cuándo y ya esqueleto, pegado para siempre a la pata del monstruo de roca por el cañón oxidado del fusil que llevaba al hombro cuando la fuerza misteriosa, un enorme imán enterrado en el hielo, lo atrajo y lo arrojó con una violencia irresistible contra la Esfinge.

El fortísimo campo magnético de la Antártida se convierte en un Minotauro que espera o más bien atrae irresistiblemente a sus víctimas, que vuelan hacia su boca; un colosal imán que arranca y tira hacia él. En otra famosa novela de Verne, *Viaje al centro de la Tierra*, la atracción de las profundidades y el descenso al corazón de estas parten del hemisferio boreal, de un volcán islandés que introduce y arrastra hacia el horno abismal de la vida, pero es siempre desde el blanco –ártico, en este caso– de donde se parte para bajar al fondo más profundo. La fascinación fantástica asume una evidencia sensible muy fuerte aunque falsa; se vuelve casi instintivo imaginar un irresistible imán en el centro de la tierra, con temperaturas y presiones enormes, si bien la temperatura de Curie niega su existencia y posibilidad. En realidad, el campo magnético terrestre rodea la Tierra, la protege desde hace miles de millones de años y la envuelve como una cáscara, cuyas líneas de fuerza salen

del Polo Sur y vuelven a entrar en el Polo Norte; la magnetosfera protege el campo magnético terrestre. Pero a la imaginación humana, especialmente cuando se asoma a espacios, tiempos y dimensiones que la trascienden y a diferentes horizontes cósmicos, le fascina la catástrofe, la destrucción; el abismo, lo de abajo, es infernal y un gran imán puede parecer la masa del demonio. En nuestro imaginario, individual y colectivo, el inconsciente está abajo más que arriba, arrastra hacia abajo en lugar de empujar hacia arriba. La ciencia ficción es muy a menudo apocalíptica, un apocalipsis que aniquila el viejo mundo pero, a diferencia del de Juan, sin construir otro puro y glorioso, sin «el nuevo cielo y la nueva tierra» de que habla el apóstol.

Pero es en la Antártida donde se crea el agujero de ozono, un desgarro en esa ozonosfera protectora que filtra las radiaciones, los rayos ultravioleta, y deja pasar las radiaciones a baja energía. Un filtro que permite que la vida ocupe las zonas emergidas y no permanezca confinada en las aguas oceánicas donde empezó y donde podría necesariamente encontrarse de nuevo si las emisiones violentas de energía que ya no filtra la ozonosfera la expulsaran de la tierra y la obligasen a refugiarse en las aguas, bajo las aguas, en un antiquísimo hemisferio sumergido del que procedemos y del que tal vez tengamos una remota nostalgia. Oh, si fuésemos nuestros primeros antepasados, cantó Gottfried Benn; un grumo de moco en una ciénaga caliente..., una hoja de alga o una duna arenosa..., una cabeza de libélula, un ala de gaviota sería ya demasiada evolución y demasiado dolor...

Así pues, edén en el barro, que no gime bajo el pie que lo pisa, pero que lleva demasiado tiempo seco, hermosa forma de arcilla dolorosa cuando se rompe... Según una tradición mencionada por Chatwin, los indios que confunden a sor Angela con un pingüino descienden de Cam, el tercer hijo de Noé, arrojado para su desventura fuera del Arca, a la tierra de nuevo seca, desierto árido y despiadado para él y su estirpe maldita, hermanos esclavos de los hermanos, felices solo sobre el agua, en el vientre del Arca, el único edén que han conocido. Los alacalufes de la Tierra del Fuego se llaman, se llamaban, «pueblo del mar».

Las historias, le dice Xie Zichu a Daniele cuando se encuentran en bahía Almirantazgo –o más bien le grita, porque el viento corta las palabras–, están aquí, en los cristales. Cristales de hielo que, cuanto más se desciende, más cambian de color, a través de los blancos, los celestes, los grises, y cambian de edad, de cristalización en cristalización, durante milenios y milenios. Pero, más que los milenios y milenios, y más que las duras rocas negras y los duros hielos que se han compactado con estas, a Daniele y a su gran arte de la ligereza –el avión que se eleva, la sombra que se despega del suelo– le interesan los minúsculos carámbanos que impregnan el cielo, su fugaz reflejo blanco, *ice blink*, la suave aguanieve del tiempo que se oscurece, el rojo de la luz crepuscular, las auroras australes que «filtran luz de colores en el cielo oscuro», gracias al viento solar cargado de partículas subatómicas capturadas por el campo magnético. Parpadeo de auroras cuyo color e intensidad dependen de átomos y de moléculas excitadas. Un hilo muy tenue de azul apenas distinguible del negro de las nubes. También las sombras son otras allí abajo; el sol antártico ilumina las montañas desde abajo y proyecta la sombra sobre las nubes como un cono invertido. Belleza increíble de los grises y de los opacos, colores diáfanos, luz irreal. Daniele oye resonar los *Roaring Forties* y los *Furious Fifties*, la coloración de la luz cambia según la intensidad de los Rugientes Cuarenta y de los Furiosos Cincuenta, las auroras destilan luz en la oscuridad. Los colores, cuenta a Daniele el profesor de Boston la primera noche de su aterrizaje en la Antártida, son mensajes, información sobre la atmósfera superior y los vientos solares; el mundo es un libro codificado que hay que descifrar. Las auroras australes perturban las líneas telegráficas australianas, el mismo objeto pesa más en los polos que en el ecuador. También los escurridizos neutrinos son informaciones sobre la fuente que los genera, sobre la materia oscura acumulada por la fuerza de la gravedad. «¡Neutrinos y pingüinos!», exclama Daniele al escuchar las explicaciones de un investigador que trabaja en el Proyecto Nemo, el nombre del más grande e inasible personaje de Verne, héroe trágico porque, en la complejidad y en el drama de su destino, también él, a su manera, es de «carga nula», como un neutrino.

En la esfera de cristal del cielo se leen imágenes que se creen espejismos y son verdaderas, proyecciones de los rayos que atraviesan diminutos cristales de hielo, soles gemelos y lunas gemelas en los parhelios y en las paraselenes. La ciencia y la observación científica destruyen la distinción escolástica entre realidad e ilusión; los colores, como quiere Newton, son longitudes y frecuencias de onda que llegan al cerebro y este traduce al rojo de la tarde o al azul de la nostalgia, pero la percepción y el significado de esa noche de un rojo profundo o ese azul del mar y del corazón son acontecimientos reales, experiencias objetivas de nuestra vida, en la que existen ese rojo y ese azul mucho más que los números de sus frecuencias de onda. En un famoso poema de Rimbaud, los colores no expresan y mucho menos traducen, sino que *son*, en el sentido propio del término. Las vocales, en ese poema absoluto, tienen colores, *son* colores.

El campo magnético surge a 3.000 kilómetros bajo los pies de Daniele, que se encamina, haciendo crujir el suelo helado, hacia el observatorio que le espera. La Antártida, se dice, se asemeja a una página de periódico rasgada, difícil de leer porque es difícil lograr que coincidan las líneas. Del mismo modo, es arduo reconstruir la distribución y el desplazamiento de los continentes en los millones y millones de años del pasado geológico, la existencia del supercontinente Gondwana, del que constituiría una pieza antiquísima –en comparación con Gondwana, más reciente– Lemuria. También Lemuria es una enorme masa que flota durante millones de años, emerge y vuelve a hundirse, excepto una pequeña parte salvada de las olas, la última, o casi, que llega al asentamiento de la tierra y tal vez ahora un pedazo de tierra bajo el familiar sol araucano, para mayor gloria de las teorías de don Juan Benigar y del reino de Aurelio-Antoine I y la indiferencia de sor Angela Vallese, más atenta a un invierno particularmente riguroso en Punta Arenas que a la orogénesis ocurrida en la Antártida hace quinientos millones de años o más, entre el Precámbrico tardío y el Cámbrico inferior.

El color de sor Angela es el blanco y negro de su hábito, que hace que la confundan con un pingüino. Pero hay otro color en la persona y en toda la historia de Angela, el blanco de una sonrisa luminosa.

En sí mismo, el blanco no es el que más le pega, si todo ser vivo, escribe Goethe en la *Teoría de los colores*, tiende al color, al detalle, al efecto, mientras que todo ser privado de vida se mueve hacia el blanco, hacia la abstracción, hacia la generalidad. Todo en Angela es concreto, tangible, claro. Trabajo de corte y confección para las pequeñas onas o yámanas, tijeras, telas, la colada, búsqueda y organización de los muebles y las camas en las habitaciones de las niñas indias acogidas; ella es su madre y su hermana mayor, incluso en la cocina o en la recogida de leña para el fuego, cosas en las que, como limpiando o vendando una herida, se siente mejor que enseñando el catecismo.

Cuando decían que, en comparación con los demás, había algunos centímetros menos entre ella y el cielo, no pensaban en el cielo del verano austral, en la tersa e inextinguible luz de los larguísimos días bajo la Cruz del Sur. Pero es bajo esa luz donde Angela conservó hasta el final el encanto de la infancia y el asombro por las cosas, y se volvió al mismo tiempo cada vez más decidida, desenvuelta y aventurera –esa mujer tan bien conocida por los contramaestres de todas las tripulaciones, se decía–, dispuesta a montar a caballo o a subir a embarcaciones zarandeadas por las olas y los vientos; a recoger bayas en el bosque y a dormir a la intemperie. Una mujer que, como el prelado garibaldino, su superior y amigo, nunca pierde la cabeza y hace que las cosas marchen.

No obstante, tal vez hubiera en su persona y en su historia otra claridad, una continuidad de luces monocromáticas que ocultan más que una espesa cortina lo que hay detrás de su rostro, de su sonrisa y de su energía generosa. Las santas y los santos –y Angela tiene el don de la santidad– a menudo hicieron cosas grandes y dramáticas, y a menudo conocieron la noche oscura, en la que todo aquello sobre lo que se funda el yo y el propio yo parecen hundirse y desmoronarse; noche en la que el intelecto y los sentidos se enfrentan a algo terrible mucho más grande que ellos y que es irresistible, pero que al mismo tiempo es su propia alma, el propio yo en desequilibrio ante la vida, ante sí mismo y ante la propia verdad. Por supuesto, la modistilla de Lu Monferrato no estaba llamada a ser, y no fue, santa Teresa de Ávila o Simone Weil, y no por eso es su

hermana menor. No obstante, es extraño no encontrar en su historia sombra alguna, ninguna cesión, ninguna ansiedad, ningún vago desconcierto. Ella misma, sin embargo, dice repetidamente que es fuerte justo cuando es débil, pero de esa debilidad sabemos bien poco. En realidad, por lo que podemos imaginar, su debilidad se reduce a dificultades físicas, aunque con frecuencia sean muy desalentadoras, a las decepciones provocadas por la resistencia que la ley del mundo que la rodea opone a sus peticiones de ayuda para los últimos de la tierra. La correspondencia, publicada por Maria Vanda Penna, Hija de María Auxiliadora como ella, abarca grandes acontecimientos y pequeñas realidades cotidianas, incluye lugares desconocidos mínimos y cruza océanos, siempre con un agudo sentido de la realidad y una ligereza que sabe afrontar el drama y, a veces, incluso disolverlo. *Le coeur simple*... ¿Sería, por tanto, un corazón sencillo más fuerte y firme que el de Cristo, tentado de retirarse y desertar?

Maria Vanda Penna, en un perfil de Angela publicado en el *Boletín Salesiano* de diciembre de 2015, habla de su «resiliencia» como base y explicación de su capacidad de resistir y reaccionar ante las derrotas y los sufrimientos, y de seguir siendo ella misma, manteniendo vivo su propio fuego. *Resiliencia*, según el diccionario, es la capacidad de un material para resistir las roturas dinámicas, los golpes, y conservar su propia cohesión. Le habrá costado, sin duda, esa resistencia, y tal vez le habrá costado aún más disimular ese esfuerzo, que siempre deja huellas, como arrugas en el rostro. Las fotos de Angela muestran una mirada irónicamente alentadora y una mandíbula fuerte propia de alguien que lucha. Una boca tal vez demasiado apretada que trata de contener –pero, al hacerlo, revela– la dureza del esfuerzo. Los héroes, incluso los de una fe, son a menudo caballeros de una Mesa Redonda, mientras que a las mujeres se les suele ofrecer o imponer el papel de caballistas de circo.

Las grandes religiones, decía Chesterton, se diferencian de las burdas supersticiones por su auténtico, genuino materialismo. Y puede que sea este el misterio de toda personalidad, unidad inseparable de psique, nervios y química; unidad de lo que se sabe y

de aquello en lo que se cree, el misterio de la vitalidad, lo demoniaco de la existencia. Los santos y las santas conocieron bien lo demoniaco, a veces siendo muy conscientes de ello, otras veces viviéndolo con candor. La claridad y la vitalidad son el insondable misterio de criaturas como la hermana Angela, tanto más insondable cuanto más inconsciente. La historia del mundo no es mucho más compleja que la de un corazón, no importa mucho si sencillo o atormentado.

1 *K. u. k.* es la abreviatura de *kaiserlich und königlich*, que significa «imperial y real». *(N. de la T.)*

2 «Mataréis a la madre, / mataréis al padre, / a la joven esposa / y a los hijos. / No tendréis ya remordimientos, / ya no seréis cobardes.» *(N. de la T.)*

Título de la edición original:
Croce del Sud. Tre vite vere e improbabili
© Mondadori Libri, S.p.A.
Milán, 2020

Ilustración: vista aérea de un río y montañas. Weichao Deng (@juniperphoton)

Edición en formato digital: enero 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Pilar González Rodríguez, 2026

© Claudio Magris, 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 9788433949080

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es